

Javier Salcedo

LOS MONTONEROS
DEL BARRIO



EDUNTREF

EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE TRES DE FEBRERO

Salcedo
CLASE 1

Capítulo 1 Los márgenes

Hoy ha caído en esa lucha, como un héroe,
la figura más extraordinaria que ha dado la revolución en Latinoamérica:
ha muerto el Comandante Ernesto "Che" Guevara.
Su muerte me desgarró el alma porque era uno de los nuestros,
quizás el mejor.

Juan Domingo Perón

Tibiamente a finales de la década del sesenta y con toda su magnitud en los primeros años de los setenta, irrumpieron masivamente en la Argentina nuevas y diferentes formas de expresión política. Si bien estas se distinguieron de otras surgidas en el siglo XX por la contundencia del corte que produjeron en nuestra historia contemporánea, no eran ajenas a un proceso político que les otorgaba un nuevo y favorable contexto. No obstante, el corte estuvo dado, por un lado, porque el uso de la violencia organizada no era estatal o paraestatal, sino revolucionaria. Por el otro, porque ese canal novedoso de expresión político-militar estaba compuesto por grupos u organizaciones que, a diferencia de episodios anteriores, incluían sobre todo a jóvenes pertenecientes a las capas medias y medias altas de la sociedad, que intentaban llevar a la práctica una lucha que contenía, en una especie de síntesis dogmática revolucionaria, tanto a Jesucristo como al Che Guevara. Era un camino de sinopsis que conducía primero, desde ámbitos religiosos, a la lucha social contra la pobreza y, luego, a la lucha revolucionaria contra los sectores que, en el análisis de los revolucionarios, la provocaban.

Las influencias externas de este proceso —como la Revolución Cubana, con la figura del Che Guevara como su emergente y ejemplo a seguir; la guerra de Vietnam; la lucha independentista en Argelia o el Mayo francés— fueron claves para entender las diferentes iniciativas de los grupos de jóvenes guerrilleros que pulularon en Iberoamérica. Hobsbawm hace extensivas estas influencias a otros países del mundo, en los que tampoco fue ajena, según su criterio, la figura de Mao Tse-Tung.¹ La presencia teórica de Mao, en el caso argentino, tuvo un peso

¹ Hobsbawm, 1995, pp. 437-440.

relativamente importante en algunas elaboraciones; al menos se lo cita en documentos de la Conducción Nacional de Montoneros.

No fueron grupos o movimientos aislados; los hubo pequeños. Pero estos, lejos de desintegrarse, terminaron, generalmente, fusionándose para dar inicio a otras organizaciones mayores o para acrecentarlas. La violencia como táctica revolucionaria a largo plazo de esos numerosos grupos de jóvenes, si bien fue el canal novedoso, no fue su único modo de conexión política con la realidad de entonces. Había nacido en la Argentina la guerrilla urbana.

Sus organizaciones armadas gozaron de la simpatía de importantes sectores de la sociedad, al menos por un tiempo, en un marco político y social en el que la valoración de las instituciones democráticas, violentadas sistemáticamente, era muy diferente a la actual. La cuantificación de su popularidad, elemento proclive a discusiones más militantes que académicas, puede estimarse parcialmente, fuera de los testimonios individuales y de la prensa de entonces, por una encuesta realizada en noviembre del año 1971, por la empresa Ipsa, citada por Guillermo O'Donnell. Según ese sondeo, la justificación social del accionar de la guerrilla alcanzaba, en los grandes centros urbanos (Gran Buenos Aires, Rosario y Córdoba) un promedio cercano al 50%.² El gobierno era una dictadura que se había iniciado en 1966 y se atrastraban ya once años de proscripciones institucionales de las mayorías políticas representadas por el peronismo.

1. Las guerrillas en Iberoamérica

En Argentina el surgimiento de las organizaciones armadas no fue un hecho aislado. Desde la aparición de los guerrilleros en Sierra Maestra, distintos grupos, en varios países de Iberoamérica, intentaron desarrollar su accionar revolucionario, muchas veces como implantes distantes de las realidades que pretendían abarcar y modificar. Las guerrillas argentinas tuvieron su mayor momento de auge y popularidad entre 1970 y 1973. Para entonces, varios grupos habían fracasado en diferentes países del continente. Entre los primeros en accionar públicamente estuvieron las Fuerzas Armadas para la Liberación Nacional (FALN) y el Frente de Liberación Nacional (FLN) en Venezuela (1962-1967) y otros grupos de origen marxista en Guatemala (1960-1970).³ En Perú, en 1965, el

Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) fueron implantes directamente relacionados con Cuba, al igual que el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP) en la Argentina, en 1962, que no sobrevivieron más allá de los pocos meses que resistieron los cuadros entrenados en la isla caribeña.⁴ Experiencia parecida, con la diferencia de contar con el líder y articulador de las anteriores, fue la vivida por el Che Guevara en Bolivia en 1967.

Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) es el único caso de guerrilla rural surgido en 1964 que, al escribir estas líneas, continúa operando y controlando una parte importante del territorio colombiano. En la misma línea de longevidad que las FARC, pero más acotado en el tiempo, el sandinismo nicaraguense comenzó a operar en la década de 1960, como guerrilla rural, para combinarse luego con experiencias de guerrilla urbana, en lo que podría interpretarse finalmente como una guerra civil que culminó con su triunfo en 1979. Dejó el poder años más tarde para volver a él, sin Guerra Fría en el mundo, como gobierno electo dentro del juego democrático.

En El Salvador, el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional funcionó durante varios años, entre las décadas de 1970 y 1980, hasta reconvertirse, al igual que el caso anterior, en partido político. En Brasil existieron varios grupos, que surgieron durante los años en que las principales guerrillas en la Argentina estaban en gestación. Sucumbieron antes que estas, sin llegar nunca al estado de desarrollo que alcanzaron las vernáculos. Entre las más destacadas se ubicaron Acción para la Liberación Nacional (ALN), Vanguardia Popular Revolucionaria (VPR) y Vanguardia Armada Revolucionaria-Palmares (VAR-Palmares).⁵ Su existencia puede ubicarse temporalmente entre 1968 y 1971.⁶ Más cercano geográficamente y culturalmente, la importancia de la experiencia guerrillera en Uruguay, sobre todo con los Tupamaros (Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros), influyó, junto a los fracasos de los intentos rurales anteriormente nombrados,⁷ en las discusiones que generaron finalmente la adopción de la estrategia urbana, decidida luego del Cordobazo, por los grupos iniciadores de la guerrilla argentina. Si

² O'Donnell, 1984, 23, citado en Perdía (1997), p. 113.

³ Boersner, 1990, pp. 273-274.

⁴ Ricardo Napurí, uno de los líderes del Ejército de Liberación Nacional (ELN) peruano relató, en presencia del autor, parte de su experiencia en la conferencia "Izquierda y guerrilla", en Buenos Aires, en agosto de 2003.

⁵ Gillespie, 1986, p. 157.

⁶ *Ibid.*, p. 158.

⁷ Perdía, 1997, n. 88.

bien cuando comenzaron las discusiones de los grupos originales, que luego confluyeron en las organizaciones guerrilleras en la Argentina, los Tupamaros se encontraban en su apogeo (1968-1970), al momento del mayor poder y popularidad de las principales guerrillas argentinas, el Ejército Revolucionario del Pueblo y Montoneros, la fuerza de los uruguayos había decaído notablemente y fueron derrotados militarmente en 1972.⁸

Ante el fracaso mayoritario de las guerrillas rurales, visto así a finales de los años sesenta, a excepción de las ya citadas FARC, la opción de una estrategia urbana fue parte trascendente de los intensos debates entre los grupos guerrilleros que se gestaban en la Argentina. La menor necesidad de adhesión popular para llevar adelante operaciones guerrilleras urbanas y las facilidades logísticas —entre otros motivos— fueron sin duda determinantes en el momento en que los jóvenes revolucionarios optaron por las ciudades como campo de acción.

Al referirse a los casos más cercanos al nuestro, como los de Uruguay y Brasil, Gillespie sintetiza algunas situaciones internas comunes a las de la Argentina que habrían inducido la gestación de las guerrillas: las formas de expresión política habían sido mutiladas en Brasil (1964) y en la Argentina (1966) por golpes militares;⁹ en Uruguay, desde 1965 las libertades individuales habían sido cercenadas paulatinamente por gobiernos civiles; en los tres países la clase media había visto afectado su nivel de ingresos. Paradójicamente, a partir de los acontecimientos políticos y sociales sucedidos desde mediados de 1969 en la Argentina, que incluyen el Cordobazo y la aparición de una guerrilla que crecía respecto a la simpatía popular, esa tendencia comenzaba tibiamente a revertirse, coincidiendo con una movilización social ascendente con este cambio en la distribución del ingreso.¹⁰ Otro rasgo afín entre estos países se encuentra en el papel de los estudiantes universitarios, que predominaron entre los cuadros de las organizaciones guerrilleras. Según Gillespie, tanto en Brasil, como en Uruguay y Argentina se habían visto, con anterioridad al surgimiento de la guerrilla, atacados los claustros de estudio universitario.¹¹ En la Argentina la “noche de los bastones largos” es un triste recuerdo de la represión practicada.

⁸ Aldrichi, 2001, pp. 110-115.

⁹ Gillespie, 1986, p. 157.

¹⁰ Basualdo, 2006, pp. 60-64.

¹¹ Gillespie, 1986.

Un componente que sumó, y mucho, al clima revolucionario fue la fuerte difusión de ideas católicas extremas, producto de las ideas propagadas luego del Concilio Vaticano II de 1962-1965. Esta línea interpretativa del cristianismo, que abarcaba la opción por los pobres y la condena al capitalismo y proponía un modelo socialista de recambio, incluyó otros capítulos en esos años sesenta. Así, además de la encíclica *Populorum Progressio* de 1966, del Papa Paulo VI, se agregaron, particularmente en Iberoamérica, los resultados de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, realizada en Medellín, Colombia, en 1968. En Argentina, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) fue, paralelamente a Medellín, la voz principal de la radicalización de sectores del clero como producto reelaborado de ese proceso. El MSTM obró como un factor coadyuvante en la radicalización de los jóvenes argentinos, sobre todo de la casi totalidad de los integrantes de los grupos originales de Montoneros.¹² El Movimiento también actuó, según Gillespie, entre los jóvenes uruguayos. Esas ideas alcanzaron con diferente intensidad a otros países americanos y africanos.¹³

2. Antecedentes en la Argentina

La guerrilla en la Argentina ha sido asociada, a veces y sin demasiado fundamento, con los anarquistas que operaron sobre todo en la década del veinte. “Este tipo de violencia [se refiere a la guerrilla] no se conocía en el país, por lo menos desde el movimiento anarquista de las dos primeras décadas del siglo”.¹⁴ La soledad social, operativa y política de los anarquistas, que cometían atentados aislados y generalmente individuales, parecerían argumentos suficientes como para cuestionar la linealidad que se busca, en un intento, tal vez, de negarle a la guerrilla el evidente apoyo, social y político, logrado en sus primeros años. También debe pesar la particularidad, en esta asociación, de la autoreivindicada pertenencia política de algunos grupos, en determinado tiempo y oportunidad, al Movimiento Peronista.

En una línea directa de antecedentes locales, sin interpretaciones forzadas, se pueden ubicar los intentos de fines de los años cincuenta

¹² En el estudio de los grupos originales, realizado por Lucas Lanusse, se destaca la relación e influencia entre esta tendencia de la Iglesia Católica y sus integrantes. Cf. Lanusse, 2005.

¹³ Hobsbawm, 1995, p. 450.

¹⁴ Di Tella, 1983, p. 73.

y principios de los sesenta de los focos guerrilleros, rurales o urbanos, que fracasaron tempranamente. La aparición pública del primero fue a fines de 1959 y su desarrollo terminó en junio de 1960.¹⁵ El Movimiento Peronista de Liberación-Ejército de Liberación Nacional (MPL-ELN), conocido como los "Uturuncos", fue un grupo que se identificó políticamente con el peronismo y que se formó en las provincias de Tucumán y Santiago del Estero. Parecería ser, además de un posible reflejo directo de la Revolución Cubana triunfante en enero de ese mismo año, una expresión del espíritu insurreccional de algunos sectores del peronismo,¹⁶ en línea, según el trabajo de Ernesto Salas, con las prácticas de su contemporánea Resistencia Peronista. Sus dirigentes principales, Manuel Mena y Genaro Carabajal, habrían sido influenciados por un ex combatiente republicano español, Abraham Guillén.¹⁷

Otras dos experiencias rurales frustradas fueron aviso de lo que vendría: el Ejército Guerrillero del Pueblo (EGP), que operó en Salta entre fines de 1963 y mediados de 1964, y el grupo de las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), que fue descubierto ni bien comenzó a operar su experiencia rural, en Taco Ralo, en la provincia de Tucumán, en septiembre de 1968. Las FAP estaban integradas por jóvenes que se identificaban políticamente con el peronismo, aunque algunos de ellos tenían otro origen ideológico o se habían plegado a sectores radicalizados de izquierda, como los casos de Amanda Peralta y David Ramos. Envar El Kadri fue uno de sus referentes que, junto al resto del grupo, luego de ser descubiertos, permanecieron encarcelados por varios años. No obstante, las FAP siguieron operando y crecieron hasta 1970, cuando comenzaron a fraccionarse por discusiones internas. El EGP, de extracción *guevarista*, estaba relacionado a planes más amplios de hombres ligados directamente a Guevara, que habían tenido contacto explícito con la Revolución Cubana. Su comandante fue Jorge Masetti, periodista argentino, que había vivido la experiencia cubana.¹⁸ Los tres casos estuvieron influenciados por la concepción *foquista* y de guerrilla rural que había resultado exitosa en Cuba.¹⁹

¹⁵ Salas, 2003, p. 17.

¹⁶ Gillespie, 1987, p. 64.

¹⁷ Salas, 2003, pp. 52-53. Gillespie, 1989, p. 32, sostiene que el grupo estuvo influenciado políticamente por Cooke, pero no liderado directamente por el dirigente peronista.

¹⁸ Perdía, 1997, p. 44; Levenson, 2000, p. 168; Gillespie, 1989, p. 33, entre otros.

¹⁹ Según la interpretación de Gabriel Rot, los Uturuncos fueron una expresión de guerrilla urbana. Entrenaron y buscaron sus escondites en el ámbito rural, pero su práctica fue urbana (conferencia "Izquierda y guerrilla", Buenos Aires, agosto de 2003).

Otro grupo *foquista* que había entrenado a varios de sus cuadros en Cuba y que no llegó a operar por haber volado en una explosión accidental su arsenal y sus líderes fueron las Fuerzas Armadas de la Revolución Nacional (FARN). El origen ideológico de sus miembros era trotskista y provenían de la corriente llamada Palabra Obrera. A partir de 1957 habían desplegado el intento de ingresar al peronismo para desarrollar su política revolucionaria entre la clase obrera. Esta práctica, denominada *entrismo*, se practicó difusamente hasta los años 1962 y 1964.²⁰ Un grupo de estos militantes rompió con su grupo trotskista original y se acercó a la Revolución Cubana y, por ende, a la teoría del foco insurreccional. Ángel Bengoechea, conocido como El Vasco, es el militante más reconocido del grupo y murió en aquella explosión en la calle Posadas 1168, el 21 de junio de 1964, junto a Lázaro Feldman, Raúl Reig, Carlos Guillermo Schiavello y Hugo Pelino Santilli. Algunos de los militantes de las FARN que no estaban en la calle Posadas aquel día se sumaron luego al intento de las FAP en Taco Ralo. Es posible mencionar entre estos últimos a Amanda Peralta y David Ramos, de La Plata y a Enrique Ardeti, de Tucumán, provincia donde debía instalarse el foco de las FARN.²¹

El desprendimiento por izquierda de un grupo de la nacionalista Tacuara, el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), que conmocionó Buenos Aires en 1964 con el asalto al Policlínico Bancario, ha sido considerado, a pesar de haberse desintegrado al poco tiempo, como el primer intento de guerrilla urbana en el país. Esta apreciación se desprende del razonamiento de asociar a la actividad de sus integrantes, y a su notorio operativo, con la ciudad de Buenos Aires. Algunos de sus militantes más conocidos fueron Joe Baxter, Jorge Caffatti y José Luis Nell. Los tres terminaron en otras organizaciones guerrilleras surgidas con posterioridad a 1970.²² Sus integrantes han sido señalados como influenciados, al igual que los Uturuncos, por el ex combatiente republicano Abraham Guillén. Montoneros también habría abrevado de Guillén más tarde, aunque por sus escritos.²³

Las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL) son descriptas por uno de sus fundadores y sobreviviente, Juan Carlos Cibelli, como

²⁰ Nicanoff y Castellano, 2004, p. 45.

²¹ *Ibid.*, p. 69.

²² Gutman, 2003.

²³ *Ibid.*, p. 19 y Gillespie, 1987, pp. 108-112.

ajenas a las influencias de los jóvenes barbudos cubanos, pero que, bajo inspiración marxista-leninista, no escaparon a los influjos de los otros movimientos de liberación nacional de la época. Operativamente se iniciaron a mediados de la década de los sesenta, pero cobraron notoriedad recién entre 1969 y 1970. Entre los años 1968 y 1969 se sumó al grupo un desprendimiento del Partido Comunista Revolucionario (PCR) y, a partir de allí, se dieron el nombre de FAL.²⁴ En abril de 1969 atacaron un puesto de Campo de Mayo y en marzo de 1970 secuestraron a Waldemar Sánchez, cónsul paraguayo. Este grupo “se trataba de una organización político-militar de nuevo tipo, en tanto constituía una federación de grupos autónomos con una dirección colegiada”.²⁵ Aparentemente por disidencias entre esos grupos, y ante el fracaso de un operativo, hacia 1971, las FAL se habrían disuelto y sus grupos se dispersaron entre otras organizaciones guerrilleras o se autodisolvieron.²⁶

Muchos fueron los sucesos políticos internacionales que pueden haber influido en la aparición de este fenómeno en el contexto local: las guerras de liberación de países del Tercer Mundo, en especial las luchas por la independencia de Argelia, entre 1954 y 1962, con la brutalidad atribuida al colonialismo de los franceses y explicada por el psiquiatra Frantz Fanon; la guerra de Viet Nam, con el ejemplo del general Giap derrotando a los franceses en Dien Bien Phu, en 1954; la Revolución Cubana y sus referentes, entre 1957 y 1959, cuando tanto el argentino Ernesto Guevara como el líder máximo Fidel Castro se posicionaron como ejemplos a seguir por los jóvenes radicalizados; la Guerra Fría y sus consecuencias; las teorías y las aplicaciones prácticas sobre la guerra contrarrevolucionaria explicadas por oficiales franceses, entre otros, a sus pares argentinos, que hacía necesario encontrar ese enemigo; las posturas radicales de sectores de la Iglesia Católica, sobre todo en la segunda mitad de los sesenta, a partir de la expansión de los resultados del acercamiento al marxismo de muchos de sus fieles. Son estas varias de las razones para explicar la aparición de las guerrillas en la Argentina.

²⁴ Las FAL surgieron originalmente, sin ese nombre, como un desprendimiento del grupo Praxis. Entre enero de 1959 y 1968, no provocaron acciones publicitadas. Cf. “Entrevista a Juan Carlos Cibelli”, *Lucha Armada en la Argentina*, 2004, N° 1, pp. 32-45.

²⁵ “La crisis de las Fuerzas Argentinas de Liberación”, *Lucha Armada en la Argentina*, 2006, N° 6, pp. 98-144.

²⁶ Ídem.

No obstante, las guerrillas mencionadas hasta aquí no solo no crecieron, sino que casi todas sucumbieron. Parecería entonces que las experiencias más directamente percibidas como relacionadas con la revolución cubana, o con gestas independentistas, no lograron sobrevivir ni llegar a ser reconocidas por amplios sectores populares. Las únicas que sobrevivieron fueron las FAL, por un tiempo corto, y las FAP que, pese a sus desmembramientos permanentes, siguió existiendo. No parece casual que sus apariciones públicas y disposición al combate fuesen, en estos dos casos, entre 1968 y 1969. Las guerrillas en nuestro país solo encontraron acompañamiento popular y crecimiento exponencial a partir de 1969, cuando las respuestas populares a las políticas de la dictadura liderada por el general Onganía, máximo exponente de la aplicación de la Doctrina de Seguridad Nacional, alcanzaron una radicalización en aumento en lo que parece ser un efecto contrario al buscado en la Doctrina del enemigo interno.

¿Existen causas estrictamente locales en el desarrollo de las guerrillas argentinas, además de las políticas de Onganía, o su crecimiento fue por subproductos vernáculos de influjos externos? La respuesta específica del surgimiento local de las guerrillas es y debe seguir siendo analizada. No obstante, en el caso de las organizaciones guerrilleras que se identificaron políticamente con el peronismo, se puede intentar rastrear causas que antes de 1969 no eran apreciadas claramente por amplios sectores populares. En esta exploración de intentar comprender por qué lo que había fracasado, o no crecido, antes de 1969, luego creció, y mucho, es que se pueden establecer algunas preguntas. Una de ellas puede ser: ¿Las experiencias guerrilleras anteriores a 1969 no fueron advertidas por los sectores populares peronistas, a pesar de los nombres adoptados y las declaraciones, como una identificación con el peronismo y con Perón? En este sentido, el de la identificación del sujeto social peronista con las guerrillas que reivindicaban esa pertenencia puede intentar explicarse, en parte, tratando de entender una de las primeras pretensiones que hicieron los grupos guerrilleros identificados con el peronismo que sí lograron crecer. Esta pretensión fue la de asociarse con la historia del peronismo, particularmente con la de la Resistencia Peronista. En su propia construcción histórica contemporánea a sus apariciones, Montoneros, las FAP y Descamisados buscaron esta identificación, que los ubicara en la historia del movimiento político que encuadraba la identidad de las mayorías obreras argentinas y que es abordada en el apartado siguiente.

3. La Resistencia Peronista y su asociación con los inicios de la guerrilla

Un sinnúmero de sucesos, de cierto tipo de violencia política que podríamos calificar de insurreccional y que se manifestó mayoritariamente en diversas formas de sabotajes, subrayó el accionar de algunos grupos de combativos militantes peronistas. Estos integrantes del movimiento creado por el general Perón tenían vedada, luego del golpe de 1955, la posibilidad de expresarse políticamente. Padecían la proscripción de su líder y su partido y la persecución y el encarcelamiento de muchos de sus dirigentes. Su lucha, entre otras reivindicaciones, era por el mítico retorno del General. Los grupos, más o menos organizados, incluyeron tanto a civiles como a ex miembros de fuerzas de seguridad y militares y no llegaron a conformar una organización uniforme, ni política ni metodológicamente estructurada. Estos grupos, en la suma de su conjunto, fueron los conocidos con la denominación de la Resistencia Peronista.

La Resistencia, que vio la luz en los años inmediatos posteriores a la autodenominada Revolución Libertadora, alcanzó uno de sus momentos más intensos con las huelgas de 1959. Posiblemente sus acciones más recordadas fueran las que acompañaron la toma del frigorífico Lisandro de la Torre, ante la decisión del presidente Frondizi de privatizarlo. A pesar de las dudas sobre su relativa importancia más allá de 1960, o sobre su real potencialidad,²⁷ la Resistencia es vista por muchos ex militantes de las organizaciones guerrilleras con inserción en el peronismo (Descamisados, Fuerzas Armadas Peronistas, Montoneros y, más tarde, las Fuerzas Armadas Revolucionarias) como antecesora directa de sus organizaciones.

Algunos historiadores incluyen una visión que ubica en una misma línea política y cronológica con la Resistencia —a través del desarrollo posterior de algunos “comandos de la resistencia” —²⁸ al grupo guerrillero Uturuncos. A su vez se asocia a algunos de los miembros de este desmembrado grupo con militantes que John William Cooke y Alicia Eguren llevaron posteriormente a Cuba, a mediados de los sesenta, a entrenar militarmente.²⁹ Coinciden así, en una linealidad Resistencia-Organizaciones Armadas, aunque abarcando algunos pocos casos individuales.

²⁷ Amaral, 1993b, pp. 78-83, y 2001, pp. 331-332.

²⁸ Salas, 2003, p. 17.

²⁹ Ídem.

Otra asociación similar —en cuanto a línea de continuidad entre la Resistencia Peronista y las Organizaciones Armadas, pero vista como justificación del proceder represivo de las Fuerzas Armadas argentinas entre 1955 y 1983, dentro del marco de la Guerra Fría y la aplicación de la doctrina del enemigo interno— es la que hace el general Genaro Díaz Bessone en un libro editado por el Círculo Militar.³⁰

Los grupos guerrilleros de fines de los sesenta que adoptaron la identidad peronista buscaron asociarse simbólicamente en una especie de continuidad operativa con esas luchas de la Resistencia. Autores de trabajos sobre el tema, pero sobre todo militantes de varias organizaciones guerrilleras peronistas, discurren por esta línea. Esta se extiende en la historia, hasta promover paralelismos entre la muerte de Manuel Dorrego y la del general Juan José Valle, que entrarían así en una misma línea histórico-ideológica, y las de Juan Lavalle y el general Pedro Eugenio Aramburu, como respuesta a la muerte de los primeros,³¹ en un planteo de oprimidos versus opresores que hace escala en otros acontecimientos históricos y que se condice con la interpretación de Perón en *Los vendepatria*, donde pueblo y antipueblo son los actores históricos permanentes. Esta linealidad pretende ser entendida como una prolongación de la antinomia política de peronistas y antiperonistas, que atravesó a la sociedad argentina por varios lustros, aunque con nuevos actores para la etapa asociada a la guerrilla.³²

Esta asociación de continuidad, sobre todo la trazada por ex militantes montoneros, puede estar sujeta a las interpretaciones contemporáneas a su militancia, que bien pueden relacionarse con el relato de las etapas históricas que la Conducción Nacional de Montoneros determinaba cuando se autoincluía en la historia del Movimiento Peronista.³³ Otro ex militante, Horacio Verbitsky, da por hecho esta continuidad, al describir los acontecimientos en Ezeiza del 20 de junio de 1973, en uno de los grupos de la Resistencia, la Central de Operaciones de la Resistencia (COR), aunque en una postura antagónica a la de los grupos guerrilleros.

Un caso de continuidad entre Resistencia y su asociación a la guerrilla peronista posterior es el de John William Cooke. Salas lo da

³⁰ Díaz Bessone, 1988.

³¹ Levenson y Jauretche, 1998.

³² Gasparini, 1988; Chaves y Lewinger, 1998; Perdía, 1997; y Baschetti, 1997.

³³ Montoneros, “Línea político militar”, en Baschetti, 1997, pp. 249-271.

como líder o referente de los Uturuncos, aunque no queda reflejado claramente en su trabajo sobre el grupo guerrillero.³⁴ Cooke no llegó a operar militarmente como guerrillero en Argentina; no obstante haber sido el primer delegado nombrado por Perón junto a su esposa, Alicia Eguren. Fundaron, a mediados de los sesenta, la Acción Revolucionaria Peronista (ARP), que planteaba la necesidad de la guerra revolucionaria. Sin embargo, la temprana muerte de Cooke, en septiembre de 1968, impidió que el grupo creciera como tal. Era el intento de puesta en práctica, como organización político-militar, de la síntesis teórica alcanzada por Cooke entre marxismo y peronismo, con el objetivo de la guerra revolucionaria a partir del modelo cubano del foco.³⁵ Más tarde, algunos de sus ex integrantes se sumaron a Montoneros.

Particularmente en el caso de Cooke, y de algunos militantes de Uturuncos, parecería posible entonces asumir cierta linealidad Resistencia-Organizaciones Armadas, pero nos remitiría a una interpretación en la que solo algunos casos individuales de peronistas de carácter combativo habrían llevado adelante este camino. La existencia de esa continuidad, Resistencia-guerrilla quedaría subsumida a la inserción individual de algunos militantes peronistas que se incorporaron dentro de los grupos de jóvenes guerrilleros que se proclamaron peronistas.

En la búsqueda de la continuidad, o no, Eduardo Jozami caracteriza esta supuesta linealidad con una interpretación que ve en la supuesta secuencia Resistencia-guerrilla, un fenómeno novedoso que se produce cuando se articulan ambos actores, sectores o militantes peronistas combativos-jóvenes revolucionarios, unidos así por la construcción política teórica socialista-revolucionaria y peronista de John William Cooke.³⁶

En la línea de continuidades, pero con otro significado, encontramos otro trabajo de un ex militante montonero, que alude a la idea de la necesidad del peronismo de crear sus propias Fuerzas Armadas. El autor plantea que

el peronismo (...) nunca contó con las instituciones castrenses para legalizar su violencia y se vio obligado a disputar esa hegemonía en el uso de la fuerza. En un lento proceso de asunción y aprendizaje debió generar sus propios recursos para responder a la violencia del régimen

[se refiere a los gobiernos posteriores a 1955], desde la resistencia hasta la lucha armada.³⁷

La construcción de la práctica armada sería lineal y en crecimiento desde la Resistencia hasta las Organizaciones Armadas Peronistas.

Otro planteo similar, ya específico del surgimiento de Montoneros, es propuesto por José Amorín cuando sostiene que “tal vez, Montoneros nació en el cincuenta y cinco y fue la hija natural y deseada de una corriente histórica”.³⁸ Ve a Montoneros como nacidos de la Tendencia Revolucionaria del peronismo, y a esta como “la última etapa en el devenir político-ideológico y organizacional del Movimiento Peronista”,³⁹ para destacar, por último, que los antecedentes de la Tendencia se remontan al origen del peronismo.

Entre esta variedad de opiniones de ex militantes sobre los orígenes de la guerrilla peronista se puede incluir la de uno de los sobrevivientes del grupo original de conducción de Montoneros. Aunque no es autor de ningún trabajo sobre el tema, Mario Eduardo Firmenich sostiene como un elemento aparentemente decisivo al gobierno de Onganía, ya que “globalmente podemos decir que en el año sesenta y seis se produce el ingreso a la edad política activa de una nueva generación, que se encuentra con que su futuro político está cercenado por la dictadura de Onganía, que no tenía límite en el tiempo; que como mínimo se planeaba durar hasta que muriera Perón (...) [habría que sumarle] la influencia de movimientos revolucionarios como el argelino o el cubano; que impactaban la opinión pública mundial”. Su enumeración de razones y antecedentes sobre el origen de las guerrillas en la Argentina no escapa a las mencionadas hasta aquí. Específicamente referido al análisis sobre la asociación o continuidad con la resistencia también lo agrega a los factores del desarrollo local de las guerrillas posteriores a 1968, al afirmar que “la Resistencia Peronista e inclusive el intento de guerrillas rurales peronistas, como la de Uturuncos, no peronistas como el Ejército Guerrillero del Pueblo, de Masetti”, fueron parte de la sumatoria.⁴⁰

La vinculación directa entre estos grupos guerrilleros y la Resistencia, como pertenencia genérica y simbólica, es motivo de cuestio-

³⁴ Salas, 2003, pp. 16-50.

³⁵ Amaral, 2010.

³⁶ Jozami, 2006, pp. 222-223.

³⁷ Jauretche, 1997, p. 23.

³⁸ Amorín, 2005, p. 327.

³⁹ *Ibid.*, p. 331.

⁴⁰ Firmenich, 1992.

namiento fuera del propio ámbito militante citado. Entre otras cosas, por las diferencias políticas, ideológicas y organizativas que existieron entre las organizaciones guerrilleras y los grupos dispersos, incluidos los actos individuales, de la generalmente inorgánica Resistencia. El nuevo fenómeno señalado por Jozami, que surge por la síntesis generada por Cooke, parecería que tampoco debe ser medido como la continuidad buscada, sino más como una necesidad de la militancia revolucionaria de adoptar una historia acorde a su declarada identidad política peronista o a la justificación de la lucha armada, ya que la Resistencia era la experiencia más cercana a esta práctica dentro del peronismo, inserta en la memoria colectiva de sus integrantes.

Esta búsqueda de continuidad se explica, además, porque ese sujeto histórico por el que se hacía la revolución, las masas proletarias, respondían, en palabras del mismo Cooke, al “hecho maldito del país burgués”, que era el peronismo. Al recordar las tres premisas en las que debían coincidir los militantes de Montoneros al momento de ser encuadrados —el socialismo como objetivo, el peronismo como identidad política y la lucha armada como metodología—, resulta evidentemente difícil encontrarlas entre los componentes de la Resistencia para sumarlas como antecedente histórico de las organizaciones político-militares. Esto no debe descartar posibles radicalizaciones individuales entre partícipes de la Resistencia, o colaboraciones con las Orgas (nombre genérico utilizado por la militancia de la época), sobre todo después del secuestro de Aramburu y a partir del “luche y vuelve”, campaña iniciada entre 1971 y 1972 por Montoneros y la Juventud Peronista, que les respondía, para agudizar las contradicciones en la lucha popular por un retorno que parecía imposible.

4. Dictadura militar y auge guerrillero

Las coincidencias generales, mencionadas por Gillespie, entre los jóvenes argentinos, uruguayos y brasileños que decidieron integrar las organizaciones guerrilleras son prácticamente unánimes, para la mayoría de los autores, cuando se trata puntualmente del caso argentino. Entre 1966 y 1970, la dictadura de Onganía fue la encargada de generalizar en la práctica tanto las medidas represivas como las económicas que perjudicaron a las clases medias asalariadas.⁴¹ Las medidas económicas

⁴¹ Basualdo, 2006, pp. 58-62.

que comenzaron a revertirse con la caída del ministro de economía Krieger Vasena, luego de los levantamientos populares de 1969, se enmarcaban en el contexto ideológico que Onganía adoptó de la denominada Doctrina de Seguridad Nacional, herramienta creada en los Estados Unidos para Iberoamérica, como forma de resolver su conflicto con la URSS, en el contexto de la Guerra Fría.

Así, en este esquema, las Fuerzas Armadas pasaron a cumplir el rol de policía política que debía eliminar al enemigo, que era interno. A las consecuencias directas que desencadenó su aplicación, como la falta total de expresión política y la represión en las universidades, se sumó la ya mencionada pérdida en los ingresos en las capas medias, producto de planes económicos que implantaban una redistribución del ingreso en términos negativos. Los argumentos para continuar con las proscripciones políticas y los métodos represivos, con posterioridad a 1959 —fogueados desde un sector importante de las Fuerzas Armadas y los sectores civiles que se beneficiaban de la aplicación política de aquellos métodos, imbuidos en el supuesto objetivo de evitar la posibilidad de que el peronismo deviniera en desviaciones marxistas— se convirtieron en profecía autocumplida cuando aparecieron las organizaciones armadas, que tenían un objetivo socialista y se identificaban políticamente con el peronismo. Cuánto habrían crecido con el peronismo habilitado políticamente y Perón en el país es un ejercicio que por imaginativo no deja de ser interesante.⁴²

No obstante, no hay que dejar de mencionar que tanto la represión como el retroceso salarial y de condiciones de trabajo habían comenzado con anterioridad al gobierno de Onganía, habiendo sido los años 1958 y 1959, durante el gobierno de Frondizi, el peor momento de los asalariados.⁴³ El logro de Onganía con sus políticas fue alcanzar una mayor uniformidad, un retroceso salarial menor que los anteriores, pero un empeoramiento de las condiciones de trabajo⁴⁴ (más represión e intervención en las políticas que afectaban sectores medios y universitarios) mayor que antes.⁴⁵ Una política inclusiva hacia

⁴² Ollier profundiza sobre la cultura de la violencia política argentina. En particular cuando presenta el punto sobre “la estructuración de lo militar en la política, nos advierte sobre la misión asignada a las fuerzas armadas luego de 1959: custodios de fronteras internas”. Ollier, 2005, p. 25.

⁴³ Basualdo, 2006, p. 54.

⁴⁴ Ídem; y Rouquié, 1998, II, p. 281.

⁴⁵ Lanusse, 1977, p. 20; Rouquié, 1998, II, p. 284.

los sectores medios con la cual la represión dejó de ser una cuestión que, desde 1955 a 1966, con intermitencias, habían sufrido casi exclusivamente los políticos y sindicalistas mayoritariamente peronistas. Las mismas concomitancias interpretativas sobre el análisis del auge guerrillero, mencionadas por Gillespie, expresan la influencia que tuvieron, con su aparición y crecimiento, los curas tercermundistas y la Teología de la Liberación luego del Concilio Vaticano II. Esta nueva síntesis ideológica contenía la profusión de ideas de redención social, pero que podía alcanzarse, también, por medios violentos. En 1967, dieciocho obispos del Tercer Mundo hicieron público un documento que avanzaba más que el Concilio. En 1968, siendo una de las tres corrientes expresadas en la Conferencia de Medellín, afirmaban su opción por los más pobres y prevenían sobre las posibles respuestas revolucionarias a la violencia de los poderosos. En la Argentina, entre 1967 y ese año de 1968 comienza el desarrollo del Movimiento de Sacerdotes del Tercer Mundo.⁴⁶

Otros estudios de historia del período en el que la guerrilla creció en la Argentina, como los de los académicos extranjeros Joseph Page o Alain Rouquié, si bien no versan particularmente sobre ella, también son coincidentes en algunos de los aspectos del análisis sobre su crecimiento que se centran en las influencias cubanas o en sectores vinculados a la Iglesia Católica.⁴⁷ En otros estudios mucho más recientes, como el de Lucas Lanusse, se aportan nuevos datos sobre los grupos originales o *protomontoneros* que confluyeron en los inicios de la Organización. Si bien Lanusse es coincidente en general con Gillespie, en la descripción del actor social que conformó, los grupos que confluyeron en Montoneros,⁴⁸ realiza un aporte específico en la reconstrucción de la historia de Montoneros. Su trabajo, que trata solo sobre los fundadores de la Organización, refuta las afirmaciones de Gillespie sobre el grupo o los grupos originales y la ideología de algunos de sus miembros. Los grupos originales que describe Lanusse fueron varios y no tan solo el grupo que secuestró a Aramburu. Además, la ideología de esos grupos poco tenía que ver con la derecha sino que respondían fundamentalmente a sectores organizacionales, sobre todo de jóvenes, de la Iglesia Católica radicalizados por el diálogo cristiano-marxista. Esto último se

refleja en parte en un trabajo anterior, específico sobre Tacuara, escrito por Daniel Gutman, donde ya descartaba los posibles orígenes de parte del grupo que secuestró a Aramburu y de otros militantes que desembarcaron en Montoneros, en la derecha o, específicamente, en Tacuara. Sostiene Gutman que, si bien pueden haber estado en alguna reunión menor de Tacuara, fue con su división por izquierda: el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara.⁴⁹

Sobre las causas de la gestación de la guerrilla en la Argentina y sobre su componente social, periodistas como María Seoane o Miguel Bonasso o ex funcionarios de la dictadura de Onganía, como Roth, dan interpretaciones similares.⁵⁰ Entre otros autores que coinciden con estas observaciones, dentro de la diversidad de sus encuadres, podemos ubicar, además de los ya citados, a Anzorena y Altamirano.⁵¹ El componente social de las organizaciones guerrilleras es asociado a jóvenes estudiantes o profesionales de clase media o media alta. Mientras que, en lo referido a los elementos de su radicalización, asocian a la dictadura de Onganía y su ataque a los claustros universitarios y a la conjunción de ideas radicales católicas y marxistas. El general Alejandro Agustín Lanusse, que fue el tercer presidente de esa dictadura, entre 1971 y 1973, sostuvo que, con Onganía, “estaba vigente un estilo rígido en cuanto se vinculaba con el orden: tan rígido que coadyuvó a crear el desorden y la incomunicación entre distintos sectores del país”.⁵² En su visión de los acontecimientos de la época hace hincapié, cuando describe el Cordobazo, en la importancia que en ese acontecimiento tuvieron lo que denomina “sectores católicos de izquierda y centro-izquierda”,⁵³ para agregar que “el estudiantado, en una proporción sumamente importante, ocupaba puestos de vanguardia en las expresiones de protesta”.⁵⁴ Para Lanusse, “era evidente que la cuestión universitaria había sido manejada con una insólita falta de tacto”.⁵⁵

Hay dos matices que pueden agregarse a las interpretaciones advertidas, según la visión de Lanusse, y que son para él novedosos:

⁴⁹ Gutman, 2003.

⁵⁰ Seoane, 1993, pp. 93-106; Bonasso, 2000, p. 25; y Roth, 1981, p. 183.

⁵¹ Anzorena, 1998, pp. 42-45 y 68-79; Altamirano, 2001, p. 90.

⁵² Lanusse, 1977, p. 19.

⁵³ *Ibid.*, 20.

⁵⁴ *Ídem.*

⁵⁵ *Ídem.*

⁴⁶ Mallimaci, Cuchetti y Donatello, 2006.

⁴⁷ Page, 1984, pp. 185-184; y Rouquié, 1998, II, pp. 291-292.

⁴⁸ Lanusse, 2005, p. 38 y, sobre todo, pp. 70-81.

Al mencionado catolicismo *izquierdizado* y *peronizado* agrega “un neonarquismo que preconizaba la destrucción violenta de las estructuras sin proponer un modelo expreso de reemplazo”.⁵⁶ En esta última afirmación la generalización excede a los grupos que, sin discutir las posibilidades de concreción, tenían, en algunos casos, objetivos claros sobre el modelo de reemplazo y decididamente no eran anarquistas. Lanusse parece menospreciar o simplificar las síntesis ideológicas de los cuadros de conducción de las distintas organizaciones guerrilleras; sin embargo, más allá de aparentes o posibles contradicciones en ese orden, la disputa por el poder y los objetivos del modelo a implementar, alcanzada hipotéticamente esa instancia revolucionaria, aparecen indudablemente claros en diversos grupos. El objetivo, al menos para las conducciones de las organizaciones guerrilleras, era una revolución que lograra convertir el país en un régimen socialista. El socialismo nacional que pregonaban las organizaciones armadas peronistas era, para sus cuadros superiores, la construcción nacional del socialismo. Montoneros fue una de ellas. Esto no implica que no hubiera matices diferenciados en la comprensión de la realidad que pretendían modificar.

A su vez, en una interesante visión del problema de la guerrilla en la Argentina, María Matilde Ollier, al momento de tratar de explicarla, lo hace desde la cultura e identidades políticas previas de nuestro país. “Cómo se formaron las identidades guerrilleras en la Argentina” no puede ser separado “del proceso de elaboración de las identidades políticas en general”.⁵⁷ Al mencionar los motivos del crecimiento de las guerrillas, que denomina partidos armados, Ollier enumera: “Un contexto militar autoritario sin precedentes, la proscripción de Perón, (...) el inédito proceso de contestación social abierto en 1968, la aparición de liderazgos obreros peronistas y no peronistas impugnadores del sistema capitalista, el ala tercermundista y Medellín”.⁵⁸ No puede explicarse la guerrilla en la Argentina, como bien sostiene esta autora, solo desde las influencias externas y los fenómenos similares en el resto del mundo.

En su interpretación del surgimiento de la guerrilla sostiene que “el experimento autoritario iniciado en 1966 desemboca en una impugnación abierta y violenta a principios de 1969”.⁵⁹ Los fracasos

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 21.

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 19.

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 21.

⁵⁹ Ollier, 2005, p. 17.

antes mencionados, de guerrillas anteriores al gobierno de facto de Onganía, parecen confirmar la línea argumental de Ollier sobre cuánto contribuyó ese gobierno al reconocimiento y a la simpatía popular por la guerrilla, que permitió su crecimiento exponencial, con la profecía autocumplida de la Doctrina del enemigo interno. Uturuncos, el EGP, las FARN e incluso las FAP en 1968 y las FAL no fracasaron solo por la efectividad de las fuerzas represivas estatales sino por ser intentos en un contexto político diferente al que, como señala Ollier, comenzó a generalizarse en 1969. La violencia organizada como forma de hacer política era parte de las respuestas de la sociedad al proceso profundizado desde 1966 pero iniciado una década antes. Esta tragedia es parte de la historia *identitaria* de la política argentina y su juego permanente con la violencia.

Otro concepto, inclusivo de parte de esa nueva realidad, lo dio la denominada “Nueva Izquierda”, escindida en parte de los viejos Partidos Comunista y Socialista en los sesenta. Esta militancia revolucionaria se integraba a la nueva oposición con la salida mayoritaria del activismo católico.⁶⁰ Anzorena propone un esquema de encuentro de dos generaciones, similar a la concepción de Jozami, en el rescate de esa denominación surgida en esos años. La primera generación sería la formada “al calor de la Resistencia Peronista” y la segunda, la que absorbe el desprestigio de los políticos a partir de la propaganda contra el gobierno de Illia, integrada mayoritariamente por estudiantes universitarios. “Este movimiento estudiantil, a poco de ponerse en marcha, se plantea la revalorización de la experiencia histórica y se *peroniza* masivamente”.⁶¹ Feinmann subraya, en la misma línea, el auge del nacionalismo popular y la nacionalización del estudiantado como parte de esos factores internos, a los que agrega la proscripción de peronismo y “el arraigo del liderazgo maldito de Perón en la clase obrera”.⁶² El liderazgo de Perón entre la clase proletaria argentina, sujeto social de toda revolución socialista que fuese encabezada por una vanguardia, significaba una puerta hacia ese sujeto social. Perón tenía la llave para dejar entrar a todos los que quisieran hacerlo, pero también podía cerrarla si su conducción no era acatada. No hay muchas dudas sobre la primera acción de Perón de recibir en su movimiento a los

⁶⁰ Altamirano, 2001, p. 90.

⁶¹ Anzorena, 1998, p. 70.

⁶² Feinmann, 1999, p. 44.

grupos de vanguardia que lo invocaban. No obstante, hay que sopesar hasta dónde, sobre todo Montoneros, consiguió abrir esa puerta por sí solos con la muerte de Aramburu. La puerta estuvo abierta por un tiempo y Montoneros y Perón se asociaron discursivamente. Montoneros, entre otras referencias, firmando sus comunicados "Perón o Muerte". Perón, nombrándolos como sus "formaciones especiales". Es importante tratar de indagar cómo ve la bibliografía sobre el tema esa asociación discursiva.

5. Perón y la guerrilla

Otro factor interno a tener en cuenta a la hora de enumerar las causas del crecimiento de la guerrilla fue uno que, paradójicamente, estaba en el exterior: Juan Perón. En este punto también encontramos coincidencias en los diferentes análisis sobre la importancia que tuvo el General en el crecimiento, más que en los orígenes, tanto de las organizaciones guerrilleras declaradas peronistas como en las declaradas ideológicamente *guerrillistas* o trotskistas.

Nosotros [los montoneros] tomamos la decisión por nuestra cuenta [de enfrentar al GAN y apoyar la salida electoral] y se la informamos a Perón. En rigor, hay que ubicar las cosas en dos planos: nosotros tomábamos las decisiones por nuestra cuenta y, por decirlo de algún modo, creíamos que hacíamos lo que queríamos; pero objetivamente todos nuestros actos estaban englobados en una estrategia mayor, que era la de Perón. Yo te diría más, el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) formó parte de la estrategia de Perón. Porque Perón planteaba: o todo o nada, o me abren las puertas, vuelvo y hay elección o yo apoyo lo que venga; me hago maoísta; me hago del Che Guevara; me hago cualquier cosa. La dictadura enfrentaba esa actitud de Perón. Perón llegó a decir: 'Si yo tuviera cincuenta años menos estaría poniendo bombas'.⁶³

Sin embargo, hay diferencias en el sentido y la dirección de las interpretaciones sobre la relación establecida entre Perón y la guerrilla. Perón, luego de su caída esperó, según William Ratliff, que una insurrección

popular lo llevara nuevamente de regreso a la Argentina y al poder pero, "a medida que los años pasaban y él seguía en el exilio comenzó a ver la lucha violenta, en forma más calculada, como un medio de apoyar su retorno al poder".⁶⁴ Por el lado de Montoneros, Ratliff, en su interpretación, sostiene que estos habrían utilizado el prestigio de Perón en beneficio de su propio crecimiento. El autor resalta que Perón fue el beneficiario final de la relación establecida con la guerrilla, sobre todo con los Montoneros, ya que el ex presidente logró su objetivo de regresar al poder. Perón utilizó esa relación como medio para presionar y lograr su retorno, por lo que "requirió subordinación [a las organizaciones armadas] a sus objetivos, que en realidad eran muy diferentes, y trató de aplastar a quienes rehusaron".⁶⁵ En el mismo marco, pero con una valoración de un solo sentido, que tiende a *victimizar* a Montoneros, Gillespie afirma que "cuando hubo servido a los propósitos de Perón, la 'juventud maravillosa' de ayer pronto fue vilipendiada por su líder al llamar 'infiltrados' y 'mercenarios' a sus componentes".⁶⁶

Sobre la relación entre Perón y Montoneros, en un trabajo más reciente, Esteban Langhi sostiene que el viejo general "reconoció la especificidad de la lucha armada" y que en su respuesta a la primera carta de Montoneros les otorgaba "un guiño, una concesión, un permiso", expresado por la incorporación de las "formaciones especiales", como las llamó, dentro de su esquema estratégico de alcanzar las elecciones sin proscripciones. Afirma que la Conducción de Montoneros, en sus inicios, le reconoció a Perón su rol de conductor político. Agrega, además, que, por la forma de firmar su primer comunicado por el asesinato de Aramburu, "Perón o muerte", se ve reflejada: "un tipo determinado de adhesión al líder".⁶⁷ Destaca que existía una "búsqueda de aprobación" contrapuesta con cierta intransigencia en el discurso de los jóvenes revolucionarios exhibida en las líneas del inicial contacto epistolar con Perón. Manifiesta también que en esa relación se fueron insinuando diferencias hacia julio de 1973.⁶⁸ No obstante, los argumentos de Langhi no parecen profundizar suficientemente la posible contradicción entre una identidad política adoptada, y por ende

⁶⁴ Ratliff, 1993, p. 261.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 262.

⁶⁶ Gillespie, 1987, p. 155.

⁶⁷ Langhi, 2008, p. 57.

⁶⁸ *Ibid.*, pp. 60-62.

⁶³ Firmenich, 1992.

discursiva, y objetivos diferentes. Que la conducción de Montoneros haya asumido consignas y banderas peronistas y tratado de insertarse en la historia del movimiento no parecería ser un elemento de peso que se pueda transpolar automáticamente como una adhesión a Perón y su conducción. El discurso de la Conducción de Montoneros puede ser explicado por la adopción de la identidad política elegida, la peronista, como una de las tres premisas montoneras, junto a la metodología, la lucha armada y el objetivo socialista. El socialismo nacional de unos no era igual para el otro. En la misma temática de esta relación entre Perón y Montoneros, Mariano Plotkin sostiene que

Perón se encontró frente a un nuevo componente que se acercó al peronismo con agenda propia y que hacía de la violencia sistemática su método de expresión política. Perón no manejaba estos grupos armados, pero no tuvo inconvenientes en aprovecharlos políticamente mientras le fueron de utilidad para presionar al régimen militar. Eran una de las armas con las que contaba para librar su guerra. Tampoco tuvo inconvenientes en librar la guerra contra ellos cuando llegó el momento de la definición.⁶⁹

Esta es una interpretación que parecería no dejar un lugar intermedio entre el supuesto aprovechamiento político de Perón y el enfrentamiento armado posterior entre Perón y Montoneros.

En otro acercamiento al análisis de la relación entre el líder peronista y la conducción nacional de Montoneros, pero focalizado más en la ideología de Montoneros y en el discurso de Perón, Eduardo Zamorano se refiere al lugar que Perón les dio dentro de su discurso a los tópicos que encarnaban la radicalización juvenil de los sesenta. Según Zamorano, "Perón articuló un discurso con matices combativos y socializantes; fuerte reivindicación de sus tradicionales posiciones tercermundistas en materia de alineamiento internacional; elogio a las luchas anticoloniales en Asia y África; coqueteos con el maoísmo, etc."⁷⁰ El autor añade que Perón nunca "abandonó sus típicos zigzagueos orientados a ganar la confianza de todos los sectores" y enumera pasajes de escritos de Perón, citados por Gillespie, que considera contradic-

⁶⁹ Plotkin, 1993, p. 61.

⁷⁰ Zamorano, 2005, p. 86.

torios, concluyendo "el voluntarismo —no exento de ingenuidad— de la izquierda peronista hacía una lectura selectiva de esas obras"⁷¹ Esta última apreciación concuerda con la de Feinmann sobre la forma de leer a Perón que tuvo cierto nivel de la militancia revolucionaria peronista, haciendo mixturas de parte de sus dichos con los escritos de teóricos de izquierda. Parecería entonces que la Conducción Nacional de Montoneros y muchos de sus cuadros originales fueron ingenuos y voluntaristas, al punto de confundir los discursos de Perón y las tres banderas del justicialismo, con sus propias consignas revolucionarias.

La hipótesis de guerra civil larvada entre peronistas y antiperonistas que el propio Perón sostuvo luego de su caída, que explicaría las luchas de la Resistencia y que luego sería señalada por Montoneros como la contradicción principal en la Argentina para conectar su acción con la historia peronista, es aceptada con diferentes matices por Perdía, Rouquié, Altamirano y Bayer, entre otros.⁷² Este enfrentamiento entre peronistas y antiperonistas pero sin el uso de la definición de guerra civil es señalado por Amaral y Plotkin, que hacen referencia a la violencia de la relación entre peronistas y antiperonistas con anterioridad al golpe de 1955.⁷³

Altamirano plantea que "sería imposible disociar de la experiencia nacional la amplia atracción que ejerció, en las filas juveniles de las clases medias, la acción insurreccional y el precepto de que el poder nace del fusil". "En efecto", continúa, "¿cómo dar cuenta de ese fenómeno prescindiendo de toda referencia al hecho de que desde 1955 la discordia política había ingresado, más de una vez, en el terreno de la guerra civil?"⁷⁴ Esta interpretación de guerra civil larvada entre peronistas y antiperonistas tiene entonces varias estaciones históricas donde aparezca para poder explicarla.

La orientación de Perón hacia el apoyo del uso de la fuerza revolucionaria ha sido interpretada, por sectores afines, como parte de una estrategia revolucionaria más amplia, como un medio táctico más, junto a la salida electoral, en medio de la lucha por la toma del poder. En esta

⁷¹ Ídem.

⁷² Perdía, 1997, p. 19; Rouquié, 1998, II, pp. 107-112; prólogo de Osvaldo Bayer, en Cherén, 1997.

⁷³ "La historia de las relaciones del peronismo y de su líder con los otros actores políticos había estado signada por un violento enfrentamiento cuya culminación había sido el levantamiento de septiembre de 1955", Amaral y Plotkin, 1993, p. 3.

⁷⁴ Altamirano, 2001, p. 87.

interpretación, al existir una revolución peronista inconclusa, frustrada por el golpe de 1955, ambas tácticas, guerrilla o elecciones, eran parte de un menú que Perón podía utilizar en pos de concretar su objetivo. En esta línea aparece la interpretación de Hugo Chumbita, quien sostiene que Perón “creía en una revolución donde lo importante eran los objetivos estratégicos antes que los medios, sin descartar ninguno. ‘El tiempo’ era preferido a ‘la sangre’, y confiaba en la evolución de la situación y la oportunidad del desgaste de sus enemigos. Los hechos demostraron que la lucha armada no era el único camino, y que la legalidad liberal no estaba totalmente clausurada”.⁷⁵

Al recordar el rol dado por Perón a las organizaciones guerrilleras, “formaciones especiales”, Chumbita interpreta que Gillespie se equivoca al afirmar que la estrategia de Perón eran solo las elecciones. De dicha interpretación se desprende que habría utilizado a los Montoneros y a las demás organizaciones guerrilleras como medio para presionar a las Fuerzas Armadas y a la sociedad política en búsqueda de una salida electoral y de su propia legitimación. El autor, sin embargo, parece refutarse cuando sostiene que la opción electoral se presentó y que Perón “decidió aprovecharla”, por lo que “las formaciones habían cumplido su función, y pasaban a segundo plano”. No parecería existir diferencia con la interpretación de quien pretende contradecir.

Al alcanzarse la salida electoral y una vez llegado Perón al poder, la guerrilla, los Montoneros o las “formaciones especiales” no tendrían razón de ser. Por el contrario, lo que había fomentado desde el exilio se convertiría, según Page, en uno de sus mayores problemas.⁷⁶ En este mismo sentido, pero un paso más allá en estas interpretaciones, puede inferirse del texto citado de Ollier que Perón, a pesar de sus artificios de discurso político combativo, había acordado tácitamente con Lanusse los términos propuestos por este. Ninguno de los dos era candidato, ni Lanusse ni Perón. Perón legitimó las elecciones a pesar de su ausencia, unificando a todo su Movimiento político, a pesar de sus tensiones internas, detrás de la salida electoral y, llegado a la Argentina, arrinconó políticamente a las “formaciones especiales”, tal y como pretendían Lanusse y un amplio sector de las Fuerzas Armadas.⁷⁷ Tanto del análisis de Page como del más profundo de Ollier se desprenden inferencias

hacia un manejo previo de Perón y un arrinconamiento posterior, sin pasos intermedios, que pudiese acercar a ambos actores políticos.

En síntesis, la importancia de la influencia de la palabra de Perón con respecto a la violencia política, como fogonero de los grupos de la Resistencia con posterioridad al golpe que provocó su caída en 1955 y de las organizaciones guerrilleras surgidas a fines de los sesenta, se manifiesta en un sinnúmero de documentos de su autoría, que pueden ser estudiados en la recopilación realizada por Baschetti.⁷⁸ Si esas manifestaciones de Perón fueron consecuencia, y cobraron significado, a partir de la violencia provocada contra los propios peronistas, es un tema imposible de esquivar a la hora de repasar, entre los actores históricos, las razones políticas de sus acciones. No parece posible, además, desconectar los diferentes eslabones que interactuaron en la Argentina en el tema de la violencia política para que, comparándonos con países vecinos y similares influencias, tuviésemos diferentes resultados en el crecimiento de la guerrilla. La cultura de la violencia en la política, o la propia militarización de ella, no la habían inventado Perón ni el peronismo, pero tampoco fueron ajenos a ella.

Lo concreto es que el peso específico de la palabra de Perón no puede ser obviado al enumerar las causas del crecimiento del fenómeno guerrillero en la Argentina. “Perón había mantenido viva la llama de la insurrección, a la que había alentado con palabras que con el paso de los años serían leídas en un nuevo contexto”.⁷⁹ En este cuadro, mucha, pero no toda la militancia revolucionaria peronista pudo haber tomado de Perón algunos de sus dichos, observado algunas de sus acciones —no siempre concordantes con sus palabras—, hacer su propia interpretación y ponerla en práctica dentro de su propio esquema y necesidades de cuadros de izquierda en su trabajo con las masas.⁸⁰ Otra interpretación, similar en lo que se refiere a la lectura fragmentada de Perón por parte de los cuadros de la izquierda peronista, pero diferente en lo relativo a si era una síntesis conveniente y necesaria, es la mencionada de Zamorano. Este autor concluye que, en la mayoría de los cuadros de las organizaciones guerrilleras de la izquierda peronista, era una síntesis sincera y no *entrismo* ideológico.⁸¹

⁷⁵ Chumbita, 1989, pp. 108-113.

⁷⁶ Page, 1984, pp. 271-286.

⁷⁷ Ollier, 2005, pp. 217-221.

⁷⁸ Baschetti, 1997, pp. 259, 285, 510-511.

⁷⁹ Amaral, 1993a, p. 12.

⁸⁰ Feinmann, 1999, p. 54; Altamirano, 2001, p. 91.

⁸¹ Zamorano, 2005, p. 103.

El problema que puede presentarse en estas diferentes visiones es el de las generalizaciones. Podemos asumir como válido que una gran parte de la militancia revolucionaria identificada políticamente con el peronismo realizara esa síntesis entre los teóricos de izquierda y algunos de los dichos con los que Perón buscaba acercarse a los jóvenes revolucionarios. Unos por conveniencia u oportunismo en su afán de acercarse a las masas peronistas y otros sinceramente. En este sentido, parecería difícil aceptar la generalización de que la militancia de izquierda peronista realizaba la síntesis, voluntarista e ingenua, entre Perón, Lenin, Marx o Trotsky. Al menos en varios de los documentos internos de Montoneros se deja entrever que sus objetivos solo podían concordar con los de Perón si este se hacía socialista o, en cambio, si ellos acataban su conducción. ¿Podía existir tanta ingenuidad? Posiblemente en muchos; difícilmente en algunos. ¿Dependería del lugar de discusión y de poder dentro de las organizaciones armadas? Es posible.

6. Montoneros de Moreno

En el análisis de varios de los trabajos mencionados se pueden observar miradas que apuntan a explicar, con diferentes abordajes, las diversas causas que generaron la aparición, el desarrollo y el aparente aislamiento final de la guerrilla previo a su desintegración, como producto del exterminio masivo de sus cuadros, adherentes, simpatizantes, familiares y allegados, en el contexto generalizado de terrorismo de Estado. Algunos de estos trabajos son experiencias de vida de sus mismos autores, o de varios de sus compañeros de militancia.

Gran parte de la discusión en ellos suele ubicarse en las diferencias finales con Perón y en los posibles errores de la conducción de Montoneros luego del retorno del General, centrados en un marcado contraste de los tiempos políticos de cada uno.⁸² Un relato más completo de esas diferencias puede encontrarse en el realizado por uno de los miembros de su Conducción Nacional, Roberto Perdía. Al igual que Anzorena, él busca contextualizar la realidad que rodeó a la violencia en esos años, aunque este último extienda su estudio más allá de Montoneros en general y lo haga en términos más críticos, sobre todo a la persona de Firmenich.

Otros trabajos, como dos de los publicados por Bonasso sobre la época, con posterioridad a *Recuerdos de la muerte* —invalorable por su ayuda en la divulgación de las atrocidades del terrorismo de Estado producidas durante la última dictadura— parecen responder a una serie que va de lo general a lo particular, que podría enmarcarse, junto con algunos de los anteriores, en posibles y entendibles intereses más del presente que de la interpretación de hechos históricos.⁸³

Estos trabajos y los otros citados parecen ser la expresión de un sector representativo de ex dirigentes o de cuadros altos o medios dentro de las estructuras nacionales de sus diferentes organizaciones.⁸⁴ En su mayoría profesionales o ex estudiantes universitarios de clase media, que bien pueden representar lo que en un trabajo reciente Lucas Lanusse menciona en su análisis bibliográfico como “las tesis combativas”, en las que incluye, desde una interpretación totalmente opuesta a las de los ex guerrilleros, las de ex militares o ex represores.⁸⁵

Esta clasificación de Lanusse, que engloba las tesis construidas por los mismos actores de la historia, a las que califica de combativas, debería distinguir enfáticamente no solo las pertenencias ideológicas de quienes las escribieron sino desagregar, dentro de las escritas por los ex militantes guerrilleros, una nueva diferenciación: el plano del origen social de los autores y actores de esos relatos y su lugar dentro de la propia Organización Montoneros. Este lugar dentro de la Organización podrá, lo veremos con el transcurrir de este estudio de caso, estar directamente relacionado a ese sector social de pertenencia de los militantes. Y es en ese punto que el caso de Moreno se descubre como doblemente especial.

Los relatos, base documental de lo escrito en este estudio de caso, pertenecen mayoritariamente a un sector que tenía un lugar de mínimo poder dentro de Montoneros y que se destaca por su componente obrero, lo que lo hace, evidentemente y por partida doble, diferente. Los trabajos académicos publicados son con frecuencia parte de trabajos más amplios sobre el período, o trabajos macro sobre las organizaciones, como el estudio de Gillespie sobre Montoneros, que abarca desde la cúpula a sus estructuras, centrado en los problemas que, según su criterio,

⁸³ Bonasso, 1997 y 2000.

⁸⁴ Perdía, 1997; Levenson, 2000; Levenson y Jauretche, 1997; Bonasso, 1997; Baschetti, 1995; Anzorena, 1998; Chaves y Lewinger, 1998; Gasparini, 1988; y Amorín, 2005.

⁸⁵ Lanusse, 2005, p. 38.

⁸² Gasparini, 1988, pp. 77-80.

marcaron la historia de la organización guerrillera: los antecedentes de su surgimiento, el origen de clase media de sus cuadros originales, sus contradicciones organizativas, su relación con Perón y a quién perteneció el usufructo de dicha relación, entre otros tópicos. En todos los textos mencionados, las explicaciones sobre el origen y la desintegración de Montoneros son, en mayor o menor medida, coincidentes. Sin embargo, en el caso que nos ocupa, esas razones no parecen suficientes.

En cuanto a los orígenes ideológicos, la Revolución Cubana, la lucha independentista de Argelia, los días del Mayo Francés, el marxismo como análisis ideológico o la aparición del tercermundismo en la Iglesia Católica, solo pueden haber influenciado, y escasamente, a alguno de los actores de nuestra historia particular, pero lejos están de ser las razones que llevaron a la mayoría de los militantes a simpatizar primero, para integrarse luego a la Organización Montoneros. Los análisis que apuntan al nacimiento de la Nueva Izquierda tampoco pueden ser aplicados a los actores de esta historia. No habían leído a Marx, ni a Trotsky, ni a Lenin, ni a Fanon.⁸⁶ No venían de desprendimientos del Partido Socialista ni del Comunista. El origen e identidad política de la militancia era peronista.

El único que pretendía formarse teóricamente por su cuenta, más allá de las bajadas de línea, era cuestionado con bromas de distinta magnitud entre sus compañeros de militancia.⁸⁷ La ética revolucionaria que llevaba a la construcción del "hombre nuevo" no regía, mayoritariamente, del mismo modo que entre los cuadros que bajaban de la Organización.⁸⁸ Prácticas políticas y gremiales un tanto ajenas a esta construcción ética, impregnadas de la picardía de quienes habían vivido otra realidad, estaban demasiado enraizadas en algunos de los militantes, lo que hacía que fueran descalificados, según las circunstancias, por la Conducción de la Organización. La socialización de propiedades y salarios, cuando fue propuesta a quienes tenían alguno, provocó más espanto que comprensión.

⁸⁶ Feinmann, 1999, pp. 41-54.

⁸⁷ Gustavo es el único de los entrevistados que confirmó haber leído, por recomendación de La Renga, primer cuadro militar de Montoneros en llegar orgánicamente a Moreno, el libro de Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, que era uno de los textos de cabecera de los primeros militantes montoneros. El otro entrevistado que también leyó este trabajo fue Gabriel, pero diez años más tarde, ya en el retorno de la democracia.

⁸⁸ Perdía, 1997, p. 84.

La integración ocurrió en la segunda mitad de 1971, año marcado por el comienzo de la construcción de las estructuras de la Organización,⁸⁹ luego de los meses del desbande provocados por el desastre posterior a la toma de La Calera y las muertes de Carlos Ramus y Fernando Abal Medina en el mes de septiembre de 1970. Antes de que los miembros originales de los grupos que conformaron a Montoneros tomaran conciencia sobre su posible crecimiento y hegemonía sobre las otras organizaciones armadas declaradas peronistas.⁹⁰ Antes de que la Organización explotara masivamente a fines de 1972 con la campaña electoral del "luce y vuelve".

Los jóvenes militantes revolucionarios de Montoneros que llegaron a Moreno comenzaron a recorrer la integración de la militancia peronista local (*captación*, según el lenguaje de la época)⁹¹ a partir de su propia identidad formativa, veían el peronismo solo como una estación en el viaje hacia el socialismo, y en ese camino los ayudó un hecho que había buscado provocar hacia adentro del peronismo un grado de simpatía y de prestigio, que sin dudas logró, como lo fue el secuestro y posterior asesinato del general Aramburu, en mayo de 1970. Firmenich afirma que

El objetivo era el lanzamiento con un hecho que fuera por sí mismo indiscutible. Decíamos: el último peronista tiene que entender este hecho por sí mismo, no tiene que leer ningún comunicado nuestro para saber de qué se trata. Era obvio que nosotros no íbamos a tener ninguna capacidad de difusión para contrarrestar todo lo que se dijera. El hecho tenía que entenderse sin palabras... producir un hecho que fuera una inflexión en la historia, una inflexión respecto de Dorrego, el Chacho, Valle, de todos. A lo largo de toda la historia, los grandes jefes del movimiento nacional y popular habían sido eliminados impunemente. Nunca un jefe político del bando oligárquico imperialista había sido fusilado.⁹²

En cuanto al proceso de desintegración de la Organización en su instancia local, este se ve marcado por una temprana ruptura que, en

⁸⁹ *Ibid.*, p. 117.

⁹⁰ Anzorena, 1998, p. 183.

⁹¹ Silvia, 2000, entrevista con el autor.

⁹² Firmenich, 1992.

rigor, refrenda los análisis sobre la pérdida de popularidad de Montoneros entre la base peronista, aunque parecería corregir los tiempos que señalan la militarización, o la radicalización de Montoneros, al engendrarse las tensiones que la generaron mucho antes de la mítica ruptura, el 1° de mayo de 1974, cuando, según puntos de vista diferentes, Perón echó a los Montoneros... o estos se fueron de la Plaza de Mayo.

Aparecen, así, ingredientes que pueden ser considerados diferentes, sobre todo si se los compara con los trabajos escritos por ex militantes. En este estudio de caso surgen otras cuestiones señaladas por los entrevistados, que no subyacen en muchos de los abordajes mencionados. La profundización de las tensiones por la posible influencia de la fusión formal de Montoneros y FAR, analizada por Amorín y señalada por Perdía, en cuanto a las supuestas diferencias en la formación ideológica entre unos y otros cuadros militantes, es una de ellas. Según Perdía: "Todas estas consideraciones están relacionadas con los debates anteriores sobre vanguardismo y movimientismo. En los resultados de esta discusión había influido la mayor racionalidad y las definiciones ideológicas de los militantes provenientes de las FAR".²³ Para entender si esta diferencia ideológica fue tan real como para ser fundamental o si es parte de otro mito que culpa de mucho de lo que se ha criticado a Montoneros a las FAR, vayamos a la historia.

²³ Perdía, 1997, p. 147.

Capítulo 2 Los orígenes

La dictadura hará fraude o tentará perpetuarse mediante la simulación de un golpe de Estado. Frente a eso, solo nos queda el camino de la insurrección para enfrentarla. La salida violenta es, pues, la única salida. Toda acción política es contraproducente y confusionista. Nada se conseguirá, si antes no se aniquila a la canalla dictatorial y dispersan sus fuerzas.

Juan Domingo Perón

La conformación de Montoneros, sus militantes originales, la composición social de esos militantes, su formación ideológica y sus formas de inserción entre las masas peronistas son tópicos que siguen siendo explorados por los investigadores. No obstante, es posible afirmar que esos grupos, que terminaron conformando una especie de confederación bajo la dirección de los que habían secuestrado a Aramburu y que se llamó Montoneros, fue la organización de guerrilla urbana más importante de la Argentina. Los orígenes de los diferentes grupos que conformaron Montoneros, que Gillespie encuadró en unos pocos militantes que denominó *protomontoneros*, ha sido revisado últimamente por el trabajo de Lucas Lanusse.¹ Este ha ampliado sustancialmente la cantidad de grupos que confluyeron para conformar la Organización, así como la orientación ideológica de sus componentes. Sin embargo, los grupos allí descriptos no concuerdan con el perfil de los militantes que formaron los grupos que desembocaron en la Organización en Moreno. Por eso, para comprender la historia de lo que fue la Organización Montoneros de Moreno es necesario remontarse a los grupos y los orígenes de quienes fueron en parte sus integrantes.

Dentro de los actores sociales que llegaron a componer el cuadro local de la Organización se pueden distinguir cuatro grupos: el primero, conformado por obreros textiles nucleados en la seccional de la Asociación Obrera Textil (AOT); el segundo, por los militantes barriales, cercanos al núcleo del secretario general del gremio; el tercero, por la militancia de jóvenes revolucionarios, estudiantes o profesionales de clase media; y, por último, algunos de los integrantes de la Central de Operaciones de la Resistencia (el COR).

¹ Lanusse, 2005.

El primero estaba integrado por activistas obreros del gremio textil, que en gran medida provenían de familias peronistas. A ellos se sumaron trabajadores de diferentes sindicatos que, una vez integrados, hicieron su ámbito de militancia en el frente gremial. Fueron parte importante, si no el eje, de los Montoneros de Moreno, a partir de la filial local de la AOT. El sindicato giraba alrededor de su secretario general, El Gordo Gómez, quien agregaba a su origen político la característica de ser parte de una familia —su mujer Iris y dos de sus hijos, Cacho y Lolo— que participó activamente, con diferentes niveles de militancia. Sobre este grupo, ampliado por militantes muy cercanos a ellos, casi agregados a la familia, como Patilla y Franco, tomó cuerpo el núcleo principal en el que actuaron además, más tarde, algunos de los cuadros montoneros llegados al distrito.

El segundo grupo era el de la militancia barrial, íntimamente ligado al anterior, compuesto en su mayoría por jóvenes de clase baja, villeros y obreros, estudiantes secundarios algunos de ellos, inicialmente casi todos vecinos de la familia del secretario general de la AOT. Varios se integraron a la agrupación política de juventud de El Gordo, paralela a la AOT, denominada poco tiempo después de su conformación Juventud Peronista de Combate (JPC). Otros, más tarde, lo hicieron directamente a la Organización Montoneros por medio de las políticas de lo que se llamó finalmente frente barrial. Nuevos militantes barriales, minoritarios en comparación con el activismo ligado a la AOT, se acercaron a partir de una relación anterior establecida con los cuadros militantes de afuera, realizando un camino inverso al de la mayoría que, desde el barrio, se acercó a la AOT y desde allí llegaron a integrarse, en algunos casos, a Montoneros y mayoritariamente a sus organizaciones de superficie. En este grupo podemos encontrar algunos militantes de la Juventud Peronista (JP), sin el compromiso de los encuadrados en la Organización, quienes, así como participaban de una Unidad Básica (UB) del barrio enrolada a Montoneros, en palabras de uno de ellos, podrían haberlo hecho en una del Comando de Organización (CdeO), opuesto política e ideológicamente a la primera.²

El tercer grupo estuvo conformado por los que llegaron al ámbito local desde otros distritos, en su mayoría estudiantes universitarios de clase media y media alta. Vinculados en general a sectores de la Iglesia Católica, llegaron de otras localidades, no solo por la búsqueda de la

masa peronista sino también por ser parte de la práctica militar fuera del propio distrito. Este grupo responde a los análisis de la mayoría de los trabajos ya mencionados, sin importar categorías y visiones, en lo referente a las causas que generaron el fenómeno de la guerrilla y a quienes la llevaron adelante. Llama la atención la percepción de la militancia local sobre la cantidad de militantes que se acercaron a Moreno en pequeños grupos manifestando no estar encuadrados en ninguna de las estructuras, débiles aún y en formación, de las organizaciones armadas, Montoneros, Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) o Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). No obstante, era una práctica corriente de Montoneros hacer creer a los militantes de Moreno que ellos encuadraban en la Organización a quienes llegaban como militantes sociales, pero que en realidad ya eran miembros de ella.

Eran pequeños grupos de tres o cuatro jóvenes que, atraídos por una realidad diferente a la de su origen social, llegaban a las barriadas obreras en busca de experiencias para la captación de elementos de la base peronista para su práctica militante. Según Perdía, cuando comenta su propia experiencia en el norte santafesino, “nos organizamos sobre la base de tres banderas: el socialismo como objetivo, el peronismo como identidad política y la lucha armada como metodología”.³ Estos jóvenes eran genéricamente llamados *paravaidistas* por varios de los militantes peronistas que visitaban en Moreno. Este apelativo denota, ciertamente, una importante necesidad de diferenciación por parte de los sectores populares que los recibían.

A esta denominación de *paravaidistas*, que se completaba con la frase que afirmaba que “llegaban a Moreno a darse baños de pobreza”, utilizada por los más jóvenes, se contraponía “la metáfora del boxeador”.⁴ Esta, explicada por uno de los militantes locales de mayor edad, El Gordo, a uno de sus hijos, exponía que la vida los había puesto a ellos (los pobres, los trabajadores) en un cuadrilátero de box y que debían pelear, por no tener opción, contra la injusticia para poder vivir mejor. Lo que había que valorar de los jóvenes que venían a militar a Moreno era que ellos, por su condición social, habían elegido subirse al *ring*, para ayudar a los más humildes. Era su elección y no la vida lo que los había puesto en ese lugar de lucha. Esta metáfora reconoce por un lado diferentes clases sociales, en este caso con la posibilidad

² Graciela, 1999, entrevista con el autor.

³ Perdía, 1997, p. 89.

⁴ Lolo, 1999, entrevista con el autor.

de una alianza, y, por el otro, representa a los obreros en una lucha permanente por sus derechos.

Por último, también forman parte de esta historia individuos que no coincidían generacionalmente con los tres grupos enumerados, en el que solo El Gordo superaba los treinta años, que pertenecían al COR en la zona oeste, o habían colaborado con él. Tuvieron contacto con cuadros de la Organización Montoneros con anterioridad al comienzo del intento del desarrollo local de la Orga, lo que les permitió mantener, en algunos casos, otro tipo de relación orgánica dentro de ella.

La seccional local de la AOT estuvo en el centro de la historia de esos grupos. En primer lugar, porque allí comenzó la integración masiva de la militancia local a Montoneros. En segundo término, y como consecuencia del primero, por la identificación popular sobre su participación en Montoneros. Hecho producido, entre otras razones, por su apertura al momento de aportar lugares físicos para el desenvolvimiento de las actividades de la Orga. Y, finalmente, porque allí terminó confluyendo toda la militancia de Montoneros de Moreno. En su momento de mayor crecimiento, la AOT, como sindicato, abarcó también Merlo y General Rodríguez, además del partido de Moreno.

1. La Asociación Obrera Textil

En 1968, luego de varios años de inactividad gremial, Ricardo Gómez, El Gordo o El Gitano, como se lo conocía comúnmente, encabezó la lista ganadora de las elecciones de la AOT en la pequeña seccional que tenía como cabecera al partido de Moreno.⁵ Existían entonces varias fábricas textiles en un distrito que, paradójicamente, no se caracterizaba por la actividad industrial. La mayoría de esas fábricas estaban en la localidad de Paso del Rey. Las más importantes eran la Fábrica Industrial Zóccola, la Hilandería Paso del Rey, Embroidery France, la Kuperde y Lenfield. Existían, además, muchos talleres pequeños, de no más de una decena de operarios. En Merlo, la fábrica más importante era la Tintorería Industrial Modelo. De allí la relativa importancia zonal del gremio textil. En ese momento la seccional alcanzaba apenas los doscientos afiliados.

⁵ La información sobre El Gordo y La Flaca Iris ha sido suministrada por Lolo, Cacho, Patilla, Franco Bottor, Gabriel, Inés Iglesias, Esteban Gil, Lela Rodríguez y Gustavo Ascar, entrevistas con el autor.

Antes de su radicación en Moreno, El Gordo y su familia vivían en Villa Concepción, partido de San Martín. Obrero textil, su oficio era el de atahilos; tenía militancia gremial y política en el peronismo y habría participado junto a su padre, obrero portuario, y algunos amigos y vecinos, en algunas acciones inorgánicas dentro del contexto de la llamada Resistencia Peronista. Por estas actividades, tanto él como uno de sus hermanos habían tenido entradas en la policía. Participó en la JP de la época, lo que le dejó conocidos que luego colaboraron con él, como Pocho Rearte, hermano de Gustavo Rearte, ideólogo del Movimiento Revolucionario Peronista (MRP).

A mediados de la década de 1960 El Gordo había trabajado en Wobron como obrero metalúrgico, debido a que estaba demasiado fichado en el ámbito textil y no conseguía empleo. Como consecuencia de haber participado en una lista que había enfrentado en las elecciones para la comisión gremial interna en esa fábrica a otra de la línea del secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM), Augusto Timoteo Vandor, El Gordo fue detenido por comunista, torturado en una comisaría —lo que le dejó secuelas físicas— y finalmente despedido de la empresa.⁶ Al no conseguir trabajo en ninguna empresa de la zona, decidió, por insistencia de su mujer, La Flaca Iris, mudarse con su familia a Paso del Rey. Trabajó como vendedor ambulante, hasta que en 1967 consiguió empleo en la Hilandería Paso del Rey de esa localidad. A pesar de unos primeros meses de inactividad como activista, bien pronto El Gordo comenzó a desarrollar las actividades gremiales y políticas que lo llevaron, finalmente, a ganar la conducción del gremio local. La Flaca siempre lo acompañó activamente en sus emprendimientos políticos.

Los demás integrantes de la conducción de la AOT eran jóvenes sin experiencia gremial previa. El lugarteniente de El Gordo, Patilla, tenía apenas diecisiete años cumplidos y era el hijo del sodero del barrio. Al igual que otros militantes que se fueron sumando, vivía del otro lado del río Reconquista, en Pompeya, partido de Merlo, pero, como

⁶ Sobre este tipo de sucesos, ocurridos sobre todo durante fines de los años cincuenta y la década siguiente, McGuire sostiene: "Enfatizando sus diferencias con los miembros de la línea dura que simpatizaban con la izquierda [o eran asociados adrede para descalificarlos] los *vandoristas* buscaban presentarse ante el gobierno y las Fuerzas Armadas como una barrera contra el comunismo (...) Vandor y sus aliados eran acusados de connivencia con empleadores para lograr que los disidentes fuesen echados de sus puestos de trabajo y la dirigencia nacional de la UOM tenía amplios poderes para reemplazar a los dirigentes locales recalcitrantes con sus propios interventores". McGuire, 1993, pp. 187-197.

tantos otros de los habitantes de ese barrio limítrofe, se consideraba de Paso del Rey. A excepción de un integrante de origen radical y mayor de cincuenta años de edad, los demás miembros de la comisión eran jóvenes peronistas sin militancia política partidaria previa y distaban mucho de haber recibido algún tipo de formación teórica que, por otro lado, no era común dentro del peronismo.

El trabajo inmediato en el sindicato fue ampliar la afiliación de los trabajadores textiles, que alcanzó al tiempo, en su mejor momento, los ochocientos afiliados. La seccional era una de las más pequeñas de la AOT en el Gran Buenos Aires. Además de la afiliación, se emprendió el trabajo de organizar a la base del sindicato, con la elección de delegados de fábrica. Por este mecanismo se integró a la seccional Franco Bottor, nombrado delegado de Tintorería Industrial Modelo de Merlo. Franco, nacido en Italia en 1947, era hijo de un inmigrante prusiano, veterano de la Segunda Guerra Mundial, que en la Argentina trabajaba como obrero de la construcción.

Los integrantes de este primer núcleo compartían la afición por el teatro, la música y los recitales. Fue para El Gordo, Patilla, Cacho (hijo mayor de El Gordo) y Franco un dato en común. El Gordo había participado como actor en obras barriales y motivaba a su hijo Cacho a recitar; incluso lo había llevado a participar de un programa televisivo siendo niño aún.⁷ Patilla tocaba el bongó en una "orquesta típica" de su barrio llamada Los Walton y Franco, que era un aficionado a la lectura de obras de teatro, organizaba eventos musicales, por lo que conocía a Patilla del barrio, además de ser una especie de representante y conseguirle algunos números artísticos.⁸ Una vez integrados todos a Montoneros, estas experiencias sirvieron para captar militantes.

La AOT en el orden nacional era dirigida por Juan Carlos Loholaberry, secretario general de la Organización, quien había sido adjunto de Andrés Framini, un histórico peronista combativo. Sin embargo, Loholaberry, que había desplazado a Framini, estaba enrolado, hacia 1968-1969, entre los dirigentes participacionistas. Este nucleamiento sindical tenía una posición más cercana a la dictadura de Onganía que la de Augusto Vandor en los primeros meses del nuevo gobierno de facto. En 1970 asumió Adelino Romero como nuevo secretario general de la AOT y Casildo Herreras lo hizo como adjunto.

⁷ Cacho, 2000, entrevista con el autor.

⁸ Franco Bottor, 1999, entrevista con el autor.

Pronto la seccional local se diferenció de la conducción nacional al acercarse a los sectores más combativos del sindicalismo peronista, si bien manteniendo, de una manera llamativa, el equilibrio entre su encuadramiento político y el de la conducción nacional del gremio. Años más tarde, ya integrados en Montoneros, siguieron sosteniendo esa misma relación. Esa convivencia fue difícil de entender para los cuadros revolucionarios, que observaban con desconfianza la buena relación con la burocracia sindical. Esa buena relación les permitió a El Gordo, su familia y otros integrantes del sindicato local escapar más de una vez a la represión tras la instauración de la dictadura en 1976.

Algunos de los acontecimientos fundamentales de la época, como el Cordobazo, encontraron a los delegados de la Seccional Moreno de la AOT en una situación difícil de resolver y sin mucho protagonismo. En mayo de 1969 la CGT de los Argentinos se solidarizó con los diferentes frentes abiertos contra la represión desatada en Corrientes, Córdoba y Rosario (Raimundo Ongaro, su líder, era encarcelado en Córdoba) y dispuso un paro nacional para el día 30. La CGT Azopardo, liderada por Vandor, finalmente adhirió a la medida. Por su lado, la CGT de Córdoba convocó a un paro de 37 horas a partir de las 11 horas del día 29. Los delegados de las diferentes seccionales de la AOT concurrieron, en horas previas al paro, a un plenario de delegados generales, donde el sindicato iba a decidir qué postura tomar con respecto a la huelga nacional decretada por las dos centrales. Según los relatos, la AOT nacional votó por no adherir a la medida, pero la seccional Moreno no estaba de acuerdo. Sin decir palabra en el Congreso, e incluso votando a favor de no realizar el paro, se las ingeniaron para adherir de una forma particular a la huelga, al menos en algunas fábricas. En la Tintorería Modelo de Merlo, una de las más importantes por su número de obreros, convencieron al sector patronal de que los delegados de la UOM de una fábrica cercana habían amenazado con terribles represalias contra la empresa.⁹ De esta manera, no hubo paro textil, pero ese día la fábrica no trabajó y permaneció cerrada.

La seccional de Moreno amplió sus contactos con la CGT de los Argentinos y con cuadros y militantes sindicales clasistas, tanto peronistas como de sectores de izquierda no peronistas, pero siempre cuidando la relación con el sindicato nacional. Entre 1968 y 1970, a raíz de los contactos establecidos con El Negro Deleróni, asiduo vi-

⁹ Ídem.

sitante del sindicato y de la casa de El Gordo, el núcleo local acentuó su carácter combativo. José Antonio Pastor Deleroni era abogado de esa central obrera y miembro del Peronismo de Base (PB) y las FAP.¹⁰ Estas ya eran conocidas desde el intento fallido en Taco Ralo en 1968 y a principios del año 1970 eran el grupo armado peronista más organizado y numeroso.¹¹ Deleroni, El Gordo, Patilla, Cacho (hijo de El Gordo), y El Negro Julio¹² participaron de dos congresos políticos y gremiales que fueron de importancia para la época. Uno se realizó en Córdoba y el otro en Santa Fe.

Según Carlos Hobert, posterior miembro de la conducción de Montoneros, en el congreso de Córdoba existieron tres posturas. La primera, proveniente del Movimiento Revolucionario Peronista —liderado por Gustavo Rearte—, sostenía organizar a la clase trabajadora hasta que estuvieran dadas las condiciones para lanzar la lucha armada; la segunda, de la CGT de los Argentinos, proponía fortalecer las estructuras sindicales de esa central obrera y la tercera, sostenida por José Sabino Navarro, era lanzar la lucha armada para crear las condiciones de conciencia y organización del pueblo peronista.¹³

Antes de marchar hacia el congreso de Córdoba, El Gordo alertó a sus acompañantes sobre el carácter comprometedor de su presencia allí, debido a la posición oficial del gremio, y por ello les remarcó la necesidad de no hablar o de hacerlo con mucho cuidado. Así lo hicieron El Gordo y Patilla durante su participación en la comisión correspondiente. Las prevenciones se anclaban también en las propias características del encuentro, ya que el congreso era clandestino y siempre existía la posibilidad de estar infiltrado por algunos servicios. Entonces, Patilla, el más joven del grupo, sin descuidar ni un instante la consigna de no hablar, empezó a repartir a cada uno de los que se le acercaban una tarjeta con su nombre, su cargo y la dirección del gremio en Moreno. No era la mejor forma de participar de un congreso clan-

destino. Esta falta de cuidado era uno de los puntos que los militantes montoneros cuestionaron más adelante a los miembros de la AOT y especialmente a El Gordo. Era un elemento que dejaba traslucir las futuras tensiones entre una militancia de superficie, la del núcleo, y la semiclandestina de los militantes montoneros. Las consecuencias no tardaron en llegar. Así fue que, en las semanas posteriores al congreso de Córdoba comenzó a acercarse al local de la seccional de la AOT una variada gama de compañeros que se decían de tal o cual agrupación, con distintos orígenes ideológicos.¹⁴

La seccional de la AOT siguió creciendo gremial y políticamente y el núcleo comenzó a organizar un centro de salud, para lo que precisaban un local más grande. Así, luego del fracaso de una rifa, consiguieron de la conducción central del sindicato el dinero necesario. La casa comprada quedaba a pocas cuadras del centro. Allí se prestaban servicios médicos, lo que, para Moreno en 1970-1971, era toda una novedad. Hubo el caso de un médico otorrinolaringólogo, de apellido Fleischman, que se vinculó luego, no solo desde la función médica sino también desde la simpatía por el grupo.¹⁵

La relación con el PB y las FAP, que tenía influencia política en el grupo y que lo había inducido a participar en un evento como el del congreso de Córdoba, no derivó en una integración a esa organización. Las FAP tenían una organización cuidadosamente cerrada con una posición ideológica clasista, la alternativa independiente de la clase obrera, expresada por su brazo político, el PB, y un grupo de obreros parecía el mejor elemento para sumar a sus cuadros. Es posible que alguna característica de la AOT (como el ejemplo de las tarjetas repartidas por Patilla en el congreso) los haya desalentado a encuadrarlos. Quizá los graves problemas internos de las FAP hayan incidido en la decisión de alejarse. A fines de 1971, las FAP decidieron autoexcluirse de participar en el proceso electoral por considerarlo, según un documento que comenta Anzorena, “una nueva maniobra del régimen”. A raíz de la discusión interna que culminó en la opción por la alternativa independiente de la clase obrera y del pueblo peronista,

¹⁰ Fue asesinado el 27 de noviembre de 1973 junto a su esposa embarazada, Nélica Arana, también militante del PB, en el andén de la estación de San Miguel. Arana falleció al día siguiente, a la edad de treinta años. Comisión de Derechos Humanos, Municipalidad de San Miguel.

¹¹ Gillespie, 1987, pp. 127-130.

¹² El Negro Julio Alfonso cayó en una persecución derivada de un enfrentamiento anterior, cercano a la estación Castelar, en 1977. Hay versiones que lo dan como muerto en ese momento y otras como gravemente herido. Aparentemente, el cuerpo fue entregado a su familia. Lolo e Inés Iglesias, entrevistas con el autor.

¹³ *La Causa Peronista*, agosto de 1974, N°4, citada por Amorín, 2005, p. 99.

¹⁴ Entre los militantes que los visitaron, hubo algunos que se presentaron como miembros del PSOF (Partido Socialista Obrero Español). Patilla, 1999, entrevista con el autor.

¹⁵ Sin encuadre aparente en Montoneros, su acción en el hospital de Moreno aparece como el motivo más fuerte para su secuestro durante la dictadura instalada en 1976. Patilla, 1999, entrevista con el autor.

un importante grupo de militantes de las FAP abandonó sus filas para incorporarse a Montoneros.¹⁶

En 1971, cuando los militantes de Montoneros se acercaron a Moreno, la gente de las FAP comenzaba a perder presencia. La posibilidad de que Deleroni estuviese entonces en proceso de su integración a Montoneros y haya debido retirarse de Moreno por cuestiones internas de la Organización debe descartarse porque en el momento de ser asesinado por integrantes de la Triple A, a fines de 1973, recién estaba por ingresar a Montoneros.¹⁷ La encargada de integrarlo, La Flaca Silvia, una de los responsables de la Columna Norte de Montoneros, recuerda las permanentes discusiones y cuestionamientos políticos que Deleroni le hacía sobre las líneas de Montoneros, hecho que llevaba a que otros cuadros le insistieran a ella para que lo descartara. El comentario que hacían los que tenían menos paciencia era que Deleroni tenía más cuestionamientos que los de Carlos Caride, ex conductor de FAP, en el momento de integrarse a Montoneros.¹⁸ Toda una señal de la postura de muchos militantes montoneros sobre la posibilidad de discutir políticamente dentro de la Orga.

La militancia del núcleo de la AOT de Moreno convivió políticamente un tiempo destacable con este acercamiento de las FAP. Con el acompañamiento de Deleroni, El Gordo comenzó a acrecentar el desarrollo de las acciones políticas barriales, ampliando así su base de acción. Gracias a este accionar político nació una nueva composición de la militancia local en general y del núcleo en particular.

2. La Juventud Peronista de Combate

En junio de 1970, pocos días después del secuestro y asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu, cayó Onganía. La Junta de Comandantes de las tres Fuerzas Armadas ofreció entonces el cargo de Presidente al Agregado Militar en Washington, general Roberto Marcelo Levingston. En su primer discurso, este anunció que en el

¹⁶ Anzorena, 1998, pp.184-185.

¹⁷ Al referirse al asesinato de José Pastor Deleroni y su esposa, Anzorena lo sigue mencionando como militante del PB y adjudica su asesinato al Comando de Organización (CdeO). Cf. Anzorena, 1998, p. 267. Sin embargo, según consta en la Comisión de Derechos Humanos de la Municipalidad de San Miguel, el delito habría sido cometido por la Triple A. Gentileza de Miguel Fernández.

¹⁸ La Flaca Silvia, 2009, entrevista con el autor.

“momento oportuno” llamaría a elecciones sin trampas ni proscripciones; sin embargo, las elecciones, sin fechas ni plazos, no parecían estar a la vista.

Sin certeza alguna sobre el hasta entonces imposible retorno de Perón, y sin demasiadas expectativas de poder expresarse electoralmente, la militancia de Moreno crecía en número y exponentes, producto de las acciones políticas que El Gordo y el núcleo desarrollaban en su barrio de Paso del Rey, tratando de sumar jóvenes, que de esa manera eran integrados a su agrupación política. El Gordo comenzó a formar la JP adscripta a la AOT, pero sin que sus integrantes fuesen necesariamente obreros textiles. A partir de la base de recursos que le brindaba el sindicato, aunque al principio fuese mínima, organizó campeonatos de fútbol y quermeses, como forma de ir captando militantes en el barrio donde vivía con su familia. Esos militantes de la JP, en varios casos, llegaron a ser obreros textiles luego de militar un tiempo junto a El Gordo.¹⁹

Entre mediados de 1970 y principios de 1971, con la presencia de Deleroni como elemento externo dinamizador y El Gordo desde su ámbito gremial, se comenzó a organizar actos en la calle relacionados con fechas clave de la liturgia peronista o conflictos gremiales. El primero fue en el aniversario del fallecimiento de Eva Perón, el 26 de julio de 1970. La militancia del núcleo, sobre todo El Gordo y Deleroni, decidió colocar una plaqueta recordatoria en el lugar donde había habido un busto de Evita, arrancado brutalmente de su emplazamiento en los días posteriores al golpe del 16 de septiembre de 1955. El busto había sido removido de su pedestal, arrastrado con un caballo por las calles de Moreno y finalmente arrojado, en horas de la noche, a las aguas del río Reconquista. Los partícipes, comandos civiles locales, fueron seguidos por un simpatizante peronista. Al otro día, el busto fue recuperado y permaneció escondido por varios lustros, hasta ser repuesto en el lugar original, luego del retorno a la democracia en la década del ochenta.

A raíz del episodio, los militantes locales tuvieron el primer encuentro conflictivo con la policía. Aprovechando que el material con el que habían amurado la placa estaba fresco, los uniformados retiraron la plaqueta del homenaje y la llevaron a la comisaría local. Una manifestación, de no más de cincuenta personas, concurrió al frente

¹⁹ Es el caso del hijo de El Gordo, Cacho, y de El Negro Julio, como también de Gabriel. Gabriel, 1999, entrevista con el autor.

del lugar en el que estaba entonces la comisaría 1ª de Moreno y, luego de algunos cánticos y compases callejeros, los policías decidieron devolverla. Este hecho, que consideraron un triunfo, dio a los militantes la inspiración para el nombre del *nucleamiento* que ya excedía a la AOT: la Juventud Peronista de Combate. Apelando a su condición de abogado, Deleroni había logrado presionar, junto a los muchachos que gritaban en la calle, a los agentes del orden, no acostumbrados a ese tipo de situaciones en Moreno. Con ese nombre, Juventud Peronista de Combate, comenzaron a realizar pintadas en el centro de la ciudad con consignas reivindicatorias de las organizaciones armadas.

En septiembre de 1970, Levingston anunció la intención de realizar una enmienda constitucional que acortaba los mandatos e incluía una posible segunda vuelta electoral, pero no definía siquiera una fecha tentativa de elecciones. Tampoco hacía mención alguna a levantar la proscripción al peronismo. En noviembre, los principales partidos políticos, incluido el Partido Justicialista, lanzaron La Hora del Pueblo.

Hasta fines de 1970 ya habían sucedido hechos de mucha notoriedad pública realizados por Montoneros, FAR y FAP. El secuestro de Aramburu, la toma de La Calera en la provincia de Córdoba y las muertes de Ramus y Abal Medina, habían dado trascendencia a Montoneros. La toma de Garín, provincia de Buenos Aires, había provocado lo mismo con las FAR. Las FAP ya eran conocidas por las detenciones en Taco Ralo y, además, por la presencia de Deleroni. Todos los entrevistados coinciden, sin embargo, en que el hecho que desencadenó una mayor corriente de simpatía focalizada hacia los jóvenes montoneros fue el asesinato de Aramburu.

Así, la JPC comenzó a pintar "FAR, FAP y Montoneros son nuestros compañeros" y "fusiles y machetes, por otro 17".²⁰ Lo que no sabían sus miembros era que no solo los habitantes de Moreno leían sus pintadas. Ya en 1971, algunos de los jóvenes integrantes de Montoneros comenzaron a leerlas en sus recorridas por los barrios, sin saber quiénes eran los que los reivindicaban con tanta simpatía, firmando las pintadas de esa forma, cuando a ellos les costaba "hacer pie políticamente" en el barrio al que concurrían.²¹ Una de las pintadas sirve para poder interpretar, en parte, algo del origen y orientación de

²⁰ Lolo, 1999, entrevista con el autor.

²¹ Silvia, 1999, entrevista con el autor.

la militancia barrial, antes de su integración a la JP y, por ende, a la estrategia de Montoneros. Fue la realizada en la estación del ferrocarril, en Moreno. El grupo estaba terminando una de las leyendas reivindicativas de las organizaciones armadas en uno de los andenes. Entonces, Lolo le indicó al que estaba pintándola que la firmara. Obviamente, se refería a poner la identificación política, es decir, la sigla JPC, al pie de la pintada. El joven militante entonces tomó nuevamente el pincel y con toda espontaneidad firmó la pintada: Cacho Cañones. Su apodo y su apellido.²²

En marzo de 1971 asumió la jefatura del gobierno militar el general Alejandro Agustín Lanusse, quien finalmente, dos años más tarde, entregó el poder a un gobierno legítimamente constituido. Las actividades políticas de la militancia de la AOT-JPC seguían siendo acompañadas por Deleroni y buscando realizar hechos políticos vinculados al ámbito de las fábricas textiles —o, a veces, en conjunto con trabajadores de otros sindicatos—.²³ Así fue que el núcleo de la AOT-JPC decidió efectuar un acto relámpago, organizado desde el sindicato con la colaboración de otros gremios locales, a mediados de 1971. En él se contaron algunos trabajadores de SEGBA, del sindicato de Luz y Fuerza, que cortaron la luz del centro de la ciudad, y otros de una línea de colectivos local que acompañó la movilización. Una vez preparados, los militantes realizaron una marcha de no más de cien personas por el centro de la ciudad. Tras arribar al lugar elegido, llegó la hora de los discursos. Cuando Deleroni estaba leyendo las adhesiones se metió una inesperada para los organizadores: la de la Unidad Básica Revolucionaria Evita Montonera.

Este hecho, parte de la estrategia de acercamiento de los jóvenes montoneros, era la primera señal, directamente relacionada con ellos, que recibían los miembros de la AOT-JPC. Sin embargo, ya había ocurrido un hecho anterior: el estallido de una bomba en las oficinas de la empresa Premar, que fue en realidad la "carta de presentación" local de Montoneros. Dos militantes montoneros, Silvia y El Bocón, ya se habían acercado al sindicato a partir de su proclamada militancia social, sin declarar su pertenencia a la Organización. Luego de la bomba a Premar, instaron a hacer un documento adhiriendo a lo sucedido pero manteniendo en la clandestinidad, para los integrantes de la AOT-JPC,

²² Lolo, 1999, entrevista con el autor.

²³ Paulla, 1999, entrevista con el autor.

su identidad. Los jóvenes militantes montoneros se reconocieron como tales en una reunión que tuvieron con el grupo, algunos días después de ese suceso, en octubre de 1971. Ambos acontecimientos, como parte de las formas de instrumentar el acercamiento de Montoneros hacia estos peronistas de Moreno, son profundizados en el capítulo siguiente.

Este segundo grupo de la JPC aporta otro de los ingredientes al variado panorama de los orígenes de Montoneros de Moreno. A su humilde condición social, jóvenes del barrio donde vivía El Gordo, hay que agregar su inexistente militancia gremial o política previa, además de un origen político peronista devenido de sus propias historias familiares y un sentido común ajeno a discusiones o lecturas ideológicas. Ni este grupo ni el núcleo de la AOT tenían objetivos más allá de sus reivindicaciones peronistas, de volver al peronismo, de volver a Perón. El mensaje de los jóvenes revolucionarios, primero el *aramburazo* y luego el “luche y vuelve” y el mensaje de Perón, que contenía a esos jóvenes revolucionarios, los acercó a quienes tenían otra historia y, aparentemente, otros objetivos.

3. Los jóvenes revolucionarios

Sobre el tercero de los actores de nuestra historia, los jóvenes revolucionarios, estudiantes o profesionales de clase media llegados desde fuera del distrito, nos interesa saber por qué llegaron específicamente a Moreno. Además, desde qué posición lo hicieron, en términos políticos y sociales, hasta el momento del encuentro y la integración o captación del grupo local. El origen social y el perfil político de estos jóvenes no hacen más que confirmar lo ya aportado en los estudios sobre el tema, cuando específicamente describen la militancia revolucionaria de esa época. A un origen de clase y político ajeno al peronismo, se sumaba, en casi todos ellos, la síntesis cristiano-marxista revolucionaria.²⁴ No obstante, y relacionado con las características formativas de los jóvenes revolucionarios, parece pertinente —antes de continuar con la historia particular de la militancia en Moreno— revisar un par de conceptos que, desde las subjetividades de los actores históricos, cobran mucha importancia, sobre todo cuando se intenta establecer la profundidad o la falta de profundidad de la delegación de representatividad de los militantes peronistas de Moreno hacia los jóvenes militantes revolucionarios.

²⁴ La caracterización de estos jóvenes revolucionarios está en el Capítulo 1.

Son los conceptos *integración* o *captación*. Aludidos por los entrevistados de origen *morenense* en numerosas oportunidades casi como sinónimos, parecería, no obstante, que en la práctica de aquel momento, al menos para los cuadros superiores de Montoneros, no fueron conceptos análogos o equivalentes. En el análisis que sigue se enmarca el concepto dentro del significado que manejaban los jóvenes revolucionarios, para luego observar las similitudes o diferencias con el que le daban la mayoría de los entrevistados con origen social y geográfico diferente.

En la verba local, la *integración* implica su propia incorporación, individual o como grupo, tanto a la orgánica de Montoneros como a sus organizaciones de superficie en un plano que, si bien contenía la empatía previa, se presentaba como en igualdad de niveles. Se integraron y pasaron a ser parte de la *Orga*. Otra parte de un mismo todo. En los documentos de la Conducción de Montoneros no se ha podido ubicar el término exacto *integración*, ni su contenido conceptual. Pero, por el significado dado en las entrevistas con ex jóvenes revolucionarios, es posible aproximarlos a un concepto que menciona Perdía, referido al todo, como *integralidad*. Esta era, según explica, una idea tomada de Perón. Establecía el acuerdo al que habían llegado los miembros de la conducción montonera sobre la forma de constituir la relación entre “la organización para la lucha armada y los frentes de masas, entre las organizaciones reivindicativas y las políticas de superficie”. La idea definía tres niveles: “la conducción estratégica, la táctica y el encuadramiento de masas”. Sobre ella, comenta Perdía, “nosotros planteamos que la lucha integral supone que los cuadros estratégicos llevan adelante la lucha armada y los cuadros tácticos la conducción de los frentes de masas”. Los cuadros montoneros debían ser políticos y militares y es por ello que se consideraban una “organización político militar”, porque “involucraba tanto la *integralidad* del accionar político con el militar, como la de la organización y de los militantes de la misma”.²⁵

Es dentro de esa *integralidad*, específicamente de los frentes políticos de masas, que se reclutaban o se captaban a los futuros cuadros o militantes de UBR en la primera etapa de Montoneros y, luego de 1973, a los milicianos. Por eso, el concepto de *captación* es asociado a *integración* por los entrevistados de ese origen. Porque, desde la mirada de la *Orga*, la captación o reclutamiento se hacía desde esa *integralidad*

²⁵ Perdía, 1997, pp. 100-101.

que significaba una funcionalidad jerarquizada. Mientras que, para los entrevistados de origen local, la integración es planteada como sinónimo de acople, de igualdad, de conjunto. Este contenido del concepto, visto políticamente, denota un nivel más igualitario que el que en definitiva tuvieron. Muy alejado de la lógica del Ejército Montonero que pretendió formar la Conducción Nacional desde sus inicios y oficialmente desde principios de 1973.²⁶

El primer montonero en llegar orgánicamente fue La Renga, a fines de 1970 o principios de 1971. Solo la conocieron dos militantes de Moreno y la esposa de uno de ellos. Los demás protagonistas parecían desconocerla en forma absoluta. Originalmente, estaba en duda su identidad y surgieron diferentes posibilidades. El Bebe, integrante del COR que luego se integró a Montoneros, y su esposa afirmaban que La Renga era la pareja de un importante militante montonero cuyo apellido comenzaba con H, sin agregar otro dato. También aseveraban haber estado con él al menos una vez y decididamente podían reconocerlo. Lo más importante fue determinar, junto con la identidad de La Renga, cuál era el origen y cuáles las características del grupo fundador de Montoneros que llegó a Moreno.

Existieron diferentes grupos de jóvenes revolucionarios que confluyeron en los orígenes de Montoneros. Algunos no tan conocidos, como el que en Moreno señalaban como el único grupo fundador original y que es el que más trascendió por su exposición en el secuestro y asesinato de Aramburu. El Bebe, cuando decía que todo era posible con voluntad política, siempre remitía a la frase: “si cinco en un café fundaron Montoneros...” Se refería a Fernando Abal Medina, Norma Arrostito, Mario Firmenich, Gustavo Ramus y Emilio Maza. No obstante, existieron otros grupos, que luego se fusionaron en lo que se conoce como Montoneros, sobre los que ha dado cuenta el libro de Lucas Lanusse.

Otro de esos grupos fundadores es mencionado por Lanusse con la denominación de Grupo Sabino. Este aportó los militantes que, de mayor a menor responsabilidad dentro de la *Orga*, y no siempre con mutuo conocimiento de su accionar, fueron ganando a la militancia de Moreno. El grupo estuvo integrado por José Sabino Navarro, Carlos Hobert (al que El Bebe se refería cuando sostenía que la pareja de La

²⁶ Estos conceptos de Perdía pueden reverse, con mayor amplitud, en el “Boletín N° 1” de la Conducción montonera, dado a conocer en los niveles superiores de conducción en mayo de 1973. Cf. Baschetti, 1995, pp. 568-617.

Renga era un importante cuadro montonero cuyo apellido empezaba con H), una mujer llamada Julia y “un par de militantes más”. Dentro de ese “par más”, según Lanusse, estaba La Renga.²⁷ A este grupo se sumaron luego Gustavo Lafleur y José Amorín. Este último fue, a partir de la integración del grupo de la AOT, a fines de 1971, y por poco tiempo, uno de los responsables de Moreno. Había llegado, aproximadamente, en la segunda mitad de 1971, luego de que le mencionaran la potencialidad aparente del grupo de la AOT. El otro integrante del grupo —además de Navarro, que fue muy importante en la estructura de Montoneros, ya que formó parte de la Conducción Nacional hasta su muerte—, vinculado indirectamente a Moreno por ser pareja de La Renga, era Carlos Hobert. Había comenzado su militancia entre las filas cristianas y trabajaba políticamente con un grupo de jóvenes de Filosofía y Letras y con otros militantes de la zona de Morón vinculados a sectores de la Iglesia Católica. No es casual que ese haya sido el origen geográfico de varios de los jóvenes que fueron luego a realizar el desarrollo político y de captación a Moreno.²⁸

El Negro Navarro, líder del grupo, era correntino. Fue el único integrante de la primera conducción de Montoneros, ya fusionados su grupo y el de Abal Medina, que era obrero y de tradición familiar peronista. No se conoce que haya existido otro obrero en la conducción de Montoneros hasta su desintegración. Comenzó a trabajar de muy joven como obrero textil en San Martín. A los diecisiete años conoció a su mujer, Pina, en una fábrica del rubro y, para intentar conquistarla, a través de la hermana menor de Pina, se acercó a clases de catecismo y a la Juventud Obrera Católica (JOC), donde comenzó a profundizar su militancia social entre curas tercermundistas, como tantos jóvenes de la época, conjugando a Jesucristo y al Che Guevara en la síntesis de redención social y socialismo producida por el diálogo entre católicos y marxistas.

El origen social y político de Navarro mantuvo cierto peso diferenciador en los inicios de la militancia con el grupo fundador. En este sentido, Pina sostiene que El Negro, como le decían, tenía desconfianza del compromiso del grupo que lideraba Abal Medina, pero que la perdió cuando lo de Aramburu. Las diferencias sociales entre él y los demás jóvenes de clase media o media alta queda reflejada en varios momentos y pueden sintetizarse cuando Pina afirma amorosamente:

²⁷ Lanusse, 2005, pp. 141-142.

²⁸ Perdía, 1997, p. 96.

“Estábamos en el grupo, y las chicas cocinaron lentejas. Las tiraron así nomás en la cacerola. No tenían idea de que las lentejas se remojabán primero. Claro, decía El Negro, estos leen mucho a Marx, pero no tienen idea cómo se hace un guiso”. Las palabras de Pina, cuando se refiere a los jóvenes compañeros de ruta de su marido, denotan el respeto y el cariño que aún siente por casi todos estos militantes. Una vez casados se mudaron al Oeste, en el límite de Moreno y San Miguel, en el Barrio Santa Brígida, a una casita de madera. Cuando cayó muerto Navarro, en 1971, en un cerco policial en Córdoba, Pina y sus dos hijos fueron resguardados por la Organización Montoneros en una casa de Moreno cercana a la actual ruta provincial 23.²⁹

Del resto del grupo, Tato (Gustavo Lafleur) fue secuestrado en 1976. Ilana (Hilda Rosemberg) también fue secuestrada ese mismo año y está desaparecida. Leandro, al que también se conoció como Pingulli o Diego, era Carlos Hobert, pareja de La Renga. El verdadero nombre de La Renga era Graciela Maliandi, la maestra que mencionaban El Bebe y su mujer. Tanto Hobert como La Renga murieron defendiéndose en su casa del Gran Buenos Aires, en 1976, cuando tropas del Ejército intentaban secuestrarlos.³⁰ Ya en 1972, Carlos Hobert era el número dos del grupo de Montoneros fusionado en Buenos Aires y fue miembro de la Conducción Nacional hasta su muerte. En la apreciación personal de Amorín, Hobert era la verdadera conducción de Montoneros, ya que afirma que “los cuadros medios (jefes de Columna, de Unidades de Combate y responsables de los Frentes de Masas) nos referenciábamos en Hobert, quien más de una vez, en momentos de decisiones trascendentales, jugó la propia y le pasó por encima a Firmenich”.³¹ Perdía rescata a Hobert como “tal vez el de mayor intuición política de nuestra organización”.³² Según Amorín, la línea de mando de la Conducción Nacional de los primeros montoneros, ya fusionados algunos de los grupos fundadores, hacia agosto de 1970, estaba organizada en forma intercalada por los miembros de esos dos grupos. Perdía sostiene que, para esa fecha, esa conducción es aplicable solo a Buenos Aires.³³ A principios de 1971, Perdía pasó a ser parte de la Conducción Nacional de esta confluencia de grupos, que bien

podrían ser considerados, inicialmente, como una confederación.³⁴ En esa fecha, la conducción del Grupo Buenos Aires —fusionados el grupo de los *camilos*, o Grupo Fundador, y el de José Sabino Navarro— estaba encabezada por Fernando Abal Medina, seguido en segundo lugar por José Sabino Navarro, en el tercero por Gustavo Ramus, en el cuarto por Carlos Hobert y en el quinto por Mario Firmenich. Cuando murieron Abal Medina y Ramus, en septiembre de 1970, en William Morris, quedó al frente Navarro. Sin embargo, por una decisión considerada hoy por Amorín como estúpida, pero fundamentada en la ética de entonces, se pasó a Firmenich como segundo en la línea sucesoria por pertenecer originalmente Navarro y Hobert al mismo grupo, lo que desequilibraba el espíritu inicial sucesorio escalonado.³⁵ Cuando los demás grupos se integraron en Montoneros, específicamente el que Lanusse llama el Grupo Reconquista, a principios de 1971, surgió un nuevo escalafón que, según Perdía, lo posicionaba a él como segundo en el mando.³⁶ Ante este cuadro de los orígenes y de la situación en la conducción de la Organización, en el invierno de 1971, llegaron a Moreno los primeros militantes de un nivel de encuadramiento inferior al de La Renga, activa en Moreno desde unos meses antes. La idea era observar experiencias para desarrollar la tarea política de inserción entre la masa peronista.³⁷

Por el suceso del secuestro de Aramburu, primero y, en segundo lugar, por las particularidades de estos militantes montoneros, diferenciadas de posturas más rígidas en lo ideológico y por sus propias personalidades, se explica, en parte, el éxito de la integración o captación inicial y la delegación de representatividad inmediatamente posterior. Los integrantes de la AOT-JPC entrevistados marcan siempre diferencias entre los militantes revolucionarios de un perfil más social, o “más de barrio”, utilizando una de sus expresiones, que los cuadros más rígidos o más sensibles a lo ideológico e incluso a lo militar. Ubican entre los primeros a la pareja integrada por un marino mercante, que se presentaba como El Bocón, y su mujer, Silvia. Ambos estaban bajo la responsabilidad de Quito y en alguna oportunidad inicial fueron acompañados a Moreno por La Negra, mujer de aquel.³⁸ Ellos lle-

²⁹ Pina Navarro, 2009, entrevista con el autor.

³⁰ Roberto Cirilo Perdía, 2010, entrevista con el autor.

³¹ Amorín, 2005, pp. 17-18.

³² Perdía, 1997, p. 110.

³³ Lanusse, 2005, pp. 129-139.

³⁴ Roberto Cirilo Perdía, 2010) entrevista con el autor.

³⁵ Amorín, 2005, pp. 11-15.

³⁶ Roberto Cirilo Perdía, 2010, entrevista con el autor.

³⁷ Silvia, 2000, entrevista con el autor.

³⁸ La Negra, 2009, entrevista con el autor.

garon en forma paralela a otros militantes. Juan Carlos Dante Gullo, un estudiante de Filosofía, conocido como El Canca, supuestamente no integrado, acompañado por Jorge "Melena", también fue de los primeros en acercarse.

Según Amorín, Dante Gullo formaba parte del grupo político conformado por estudiantes de Filosofía y Letras, dirigido por Hobert. En Moreno lo recibieron como un militante social, sin encuadramiento en ninguna *Orga*.³⁹ Más tarde Amorín se enteró, a pesar de que tanto él como la militancia de la AOT creían que lo estaban encuadrando en Montoneros, que ya lo estaba desde antes. Otros "observadores de la realidad" que llegaron hacia la misma época fueron Jorge "El Rubio" —al que diferenciaban por considerarlo más comprometido con lo militar que los anteriores y con una postura menos peronista— y Miguelito —que fue luego cuadro militar prácticamente ajeno al ámbito de militancia local—.⁴⁰ Ellos fueron los primeros militantes encuadrados que llegaron, para la visión local, en forma aislada unos de otros. Los que lograron enraizar en el núcleo de la AOT-JPC, y que fueron observados siempre con una importante dosis de confianza, fueron El Bocón, Silvia y El Canca.

Carlos Ricardo Arias, El Bocón, era marino mercante. Comenzó su militancia participando en las reuniones, a fines de 1970 o principios de 1971, que se hacían en el Instituto Superior de Cultura Religiosa, en la calle Rodríguez Peña, en la ciudad de Buenos Aires. Allí había sido invitado por una pareja de amigos, con impronta militante católica, pero que ya se había integrado a Montoneros, a participar de cine-debates. El grupo de Montoneros en el que militaban sus amigos, integrado por varias incipientes células de Capital Federal, era conocido internamente como *la albóndiga*, porque tenía [refiriéndose a lo ideológico] un poco de todo".⁴¹ Luego de unas semanas, comenzó a militar en Montoneros.⁴² Ana, la amiga de la infancia de El Bocón que lo invitó a participar, lo describe como portador de ideas socialistas y marxistas, lejanas al peronismo y, a diferencia de tantos entrevistados del mismo origen social, alejado totalmente de la Iglesia Católica.

³⁹ José Amorín, 2005, entrevista con el autor.

⁴⁰ Silvia, 2003, entrevista con el autor.

⁴¹ Ana, 2008, entrevista con el autor.

⁴² Ana Arias, 2005 y Ana, 2008, entrevistas con el autor.

Cuando El Bocón y Silvia comenzaron sus recorridas por Moreno, a mediados de 1971, eran militantes de nivel inicial, ya que aún no se habían formado las Unidades Básicas Revolucionarias (UBR).⁴³ El Bocón pasó de *aspirante a combatiente* a fines de 1972.⁴⁴ Silvia pertenecía al mismo sector social que su pareja y era de Castelar, en el Gran Buenos Aires. Era asistente social recibida en la Escuela Diocesana de Servicio Social dependiente del Obispado de Morón. Silvia comenzó a frecuentar las barriadas obreras de Moreno, visitando una capilla de un cura tercermundista, sin haber logrado arraigo alguno en el grupo.⁴⁵ Había comenzado su militancia revolucionaria colaborando en el pasaje de mensajes telefónicos. No sabía exactamente para qué organización lo hacía, pero al poco tiempo supo que era para las FAP. Ante la aparente inactividad de esta, pasó luego, junto con El Bocón, a Montoneros.

Más tarde, se sumaron varios estudiantes más de la Escuela Diocesana de Morón, como la pareja formada por El Tata (Ricardo Gigliazza) y Cielito (Irma Noemí Tardivo), que no participó tan activamente en Moreno como su marido.⁴⁶ No todos los militantes católicos —había un grupo numeroso que era de Moreno—, terminaron sumándose a la *Orga* local. Muchos de ellos practicaron su militancia social y religiosa en la parroquia del cura ligado al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, sin encuadrarse en Montoneros.⁴⁷ El Tata era otro de los jóvenes que se acercaron sin estar encuadrado, aparentemente, en ninguna organización, y es caracterizado por un ex compañero del barrio Jardines, El Negro Leiva, conocido como El Abuelo, como un militante de la Iglesia sin formación política, "era virgen, era masa".⁴⁸ Fue en esa

⁴³ Según Amorín, comenzaron a llamarse UBR a fines de 1971. Entrevista con el autor.

⁴⁴ El Bocón fue uno de los responsables de la Columna Oeste con base en Morón. Dejó de militar en Montoneros, luego de estar detenido en 1974, al poco tiempo de ser liberado. Finalmente, fue secuestrado en 1977, de regreso de uno de sus viajes, y permanece desaparecido. Inés Iglesias y Ana Arias, entrevistas el con el autor, 1999-2005.

⁴⁵ Silvia, 2003, entrevista con el autor.

⁴⁶ Ambos pasaron al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) aparentemente a principios de 1974. Tata murió en Tucumán, en un episodio que las autoridades militares denominaron enfrentamiento, en la Capital provincial. Mimi fue secuestrada en 1977 en la escuela en la que se presentó a trabajar como maestra el día anterior, en Moreno, y permanece desaparecida.

⁴⁷ Era la comunidad del padre Pepe. Coco Lombarda, 2005 y José Esteban Gil, 2007, entrevistas con el autor.

⁴⁸ El Negro Leiva, 1999, entrevista con el autor.

búsqueda de la masa peronista que El Bocón, Silvia y algunos otros, viajando en colectivo por los barrios, comenzaron a ver las pintadas de la JPC reivindicatorias de las organizaciones armadas peronistas.

En cuanto a su composición social, los jóvenes revolucionarios eran, en síntesis, estudiantes terciarios y universitarios o profesionales, oriundos algunos de Capital y otros de zonas más de clase media del oeste del Gran Buenos Aires, vinculados a una institución dependiente del Obispado de Morón o a otros núcleos de militancia católica —excepto El Bocón, que era ateo— y, paradójicamente, hijos, algunos de ellos, de propietarios de casas quintas de fin de semana en Moreno. Esta descripción coincide con lo abundantemente escrito, referido a la influencia de ciertos sectores eclesiásticos, vinculados sobre todo al Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, entre la militancia revolucionaria de esa época en general y particularmente en Montoneros. Surgen así dos tipos de acercamiento por parte de militantes con similares orígenes. Por un lado, el que describe Gullo cuando afirma que:

No hubo una manera cerebral, racional, dirigida a poner cuadros en algunas zonas, ni tampoco existía la *Orga* en ese momento, o sea, lo que yo trato de explicarte (...) es cómo se da una relación en Moreno, de cuadros militantes peronistas, que comenzamos a confluir en función de un trabajo que estaba más allá de la *Orga*, que en esos momentos era inexistente.⁴⁹

Y, por otro lado, los ya encuadrados en Montoneros. Gullo aparentemente se refiere a modelos organizativos, ya que la *Orga* existía, pero no con las formas posteriores. A mediados de 1971 no contaba con la estructura que alcanzaría poco tiempo después, pero sí con algunos de sus escasos cuadros abocados a la tarea de acercarse a la masa peronista. Según describe Perdiá, luego de la experiencia fracasada con su grupo en Santa Fe de intentar fusionarse con las FAP, en Montoneros habían aprendido, y, por ende, lo habían ya puesto en práctica, a respetar las experiencias políticas y sociales de los grupos en “cada una de sus formaciones locales”.⁵⁰ Se refiere a grupos de militantes regionales o de provincias, aunque es posible suponer que el que llegó originalmente a Moreno haya contado con un grado suficiente de autonomía. Quizás

sea a esta situación a la que se refiere Gullo cuando afirma que no existía una decisión cerebral, que podría entenderse como central, en el armado de zonas para la práctica militante.

A pesar de la probabilidad de que los primeros militantes montoneros no hayan recibido órdenes para confluir particularmente en Moreno, y que en su búsqueda de experiencias por el conurbano, por otro lado no tan casual, se hayan topado con la AOT, surgen dudas razonables. La presencia anterior de La Renga en busca de apoyo logístico y el posterior hecho de Premar indican cierto grado de organización más avanzado que el reconocido por Gullo. Los relatos sobre la simultaneidad de militantes montoneros *descubriendo* la realidad de la AOT-JPC sin saber, en algunos casos, de la mutua pertenencia a la Organización, puede indicar la existencia deliberada de esta política de desarrollo político territorial para la captación de militantes y cuadros, a la vez que un buen grado, a pesar de *la albóndiga*, de compartimentación celular. No obstante, no todos los militantes que participaron en Moreno y que ya estaban encuadrados en Montoneros antes que el núcleo de la AOT-JPC provenían de una historia ajena al peronismo. Los primeros contactos de La Renga en Moreno fueron militantes de otra generación y con otra tradición diferente a la de los jóvenes que se sentían cercanos a la toma de la Bastilla.

4. La Resistencia: el COR

El último de los grupos que se incorpora a nuestra historia, y que le da ribetes aún más particulares, es el de la Central de Operaciones de la Resistencia (COR) o Central de Operaciones de la Resistencia Peronista (CORP).⁵¹ Nació entre 1958 y 1959 al calor de las acciones de la Resistencia Peronista. Su jefe era el general Miguel Ángel Iníguez y estaba integrado por oficiales y suboficiales del Ejército que, junto a componentes de las fuerzas policiales provinciales o de la Federal, completaba mayoritariamente sus cuadros. Los miembros civiles eran muy pocos y los militares eran sobre todo retirados luego de las purgas realizadas a partir de la caída del gobierno peronista en 1955.

Las opiniones sobre el accionar y la orientación de los miembros del COR son, por lo menos, de carácter controversial. Así, por ejemplo, Baschetti señala que colaboró con grupos insurreccionales de la izquierda

⁴⁹ Juan Carlos Dante Gullo, 1999, entrevista con el autor.

⁵⁰ Perdiá, 1997, p. 98.

⁵¹ Baschetti, 1997, p. 42.

da del peronismo.⁵² Sin embargo, resalta el recelo que, según comenta, despertaba en John William Cooke y Aparicio Suárez, hacia 1959, el grupo en general y su jefe Iñíguez en particular. Seoane sostiene, en similar ubicación pero en otro contexto cronológico, que el nombramiento de Iñíguez como jefe de la Policía Federal en el retorno democrático de Perón fue “el primer síntoma de que Perón había entendido los problemas planteados por ese contexto regional”. Seoane se refiere a las dictaduras instaladas en los países cercanos a la Argentina y a que el primer gesto de Iñíguez habría sido hacer firmar, “el 24 de septiembre de 1973 el decreto 1.454 que declaraba ilegal al ERP”.⁵³ Este hecho, teniendo en cuenta la posición del ERP frente al estado democrático, no debería sorprender demasiado dentro de la lógica institucional.

En sentido contrario a estas caracterizaciones del COR y su jefe, Anzorena comenta que el aumento de las actividades represivas durante el tercer gobierno de Perón determinó la decisión de Iñíguez de presentar su renuncia a la jefatura de la Federal, por sus diferencias con la política adoptada.⁵⁴ Anzorena cita el comunicado de la renuncia de Iñíguez publicado en la revista *El Peronista* del 26 de abril de 1974. En este comunicado, el líder del COR afirmaba: “algunos miembros del actual gabinete y otros funcionarios importantes del actual elenco gubernativo, frente al desorden y la subversión solo atinan a recurrir a la represión policial indiscriminada para resolverlos”.⁵⁵ Apuntaba a ministros que, vemos ahora que conocemos la historia posterior, estaban encuadrados con López Rega. Iñíguez agregaba que: “no es con la represión violenta como se recuperará el perdido principio de autoridad; esta se basa en fundamentos morales que, cuando faltan, su falencia no puede llenarse solo con el aparato represivo”.⁵⁶ La opinión de Anzorena es la que más se acerca a la de los integrantes del COR que participaban en el plano local. José Amorín, ex montonero y orgánicamente primer responsable de Moreno en los inicios de la integración, también describe que la actitud de Iñíguez hacia la *Orga* “como cualquier cuadro proveniente de la Resistencia, era permeable a las sugerencias de Montoneros”.⁵⁷

⁵² Ídem.

⁵³ Seoane, 1993, p. 225.

⁵⁴ Anzorena, 1998, p. 292.

⁵⁵ *Ibid.*, pp. 292-293.

⁵⁶ Ídem.

⁵⁷ Amorín, 2005, p. 296.

En Moreno los miembros del COR integraban un grupo o célula que accionaba en una zona más amplia, que abarcaba gran parte del oeste del Gran Buenos Aires (General Rodríguez, Merlo y Morón), y habían permanecido activos. Según sus relatos, solían reunirse asiduamente, desde fines de los cincuenta hasta el momento en que Montoneros hizo su aparición en el lugar. Sus miembros, al menos los de Paso del Rey, tenían como jefe de la célula a un ex delegado municipal, durante los primeros gobiernos peronistas, de esa localidad del partido de Moreno. Era un comerciante que, como dirigente social, habría participado en la fundación de un club local que todavía hoy subsiste. Murió días antes del regreso de Perón, en noviembre de 1972. En su casa se realizaban muchas de las reuniones clandestinas del COR antes de la integración de algunos de sus miembros a Montoneros. Este grupo incluía, entre otros, a un ex oficial de la Policía Federal que tenía mucha relevancia dentro del grupo local y del COR en particular y que habría sido dado de baja de la fuerza, luego del golpe de 1955, por su condición de peronista.⁵⁸

Entre los civiles más activos se destacaba El Bebe⁵⁹ que, entre otras tareas, fue finalmente destinado al grupo de inteligencia del COR. El Bebe era hijo de un comerciante de Paso del Rey y había comenzado su militancia en el peronismo con posterioridad a 1955 directamente en el COR como “cadete, llevando y trayendo cosas”.⁶⁰ Su entrenamiento primitivo en inteligencia, en los años sesenta, le fue dado por un ex integrante de la inteligencia francesa, cuyo nombre era Simón Nicolai. Este decía haber sido miembro de la contrainteligencia de la Resistencia Francesa, infiltrado en el ejército de Vichy, colaboracionista con la ocupación alemana en la Segunda Guerra

⁵⁸ Este oficial fue secuestrado, en mayo de 1977, junto al hijo del ex delegado municipal. El ex oficial policial permanece desaparecido. El hijo del delegado fue liberado luego de permanecer desaparecido unas semanas, en las que fue torturado. El Bebe supone que su secuestro se debió, sobre todo, a que se llamaba como su padre, que ya había fallecido. El Bebe, 1999, entrevista con el autor.

⁵⁹ El Bebe fue secuestrado poco tiempo después que ellos y, luego de unas semanas de estar desaparecido, fue finalmente liberado. Lo abandonaron en muy mal estado de salud, producto de las torturas recibidas, en un campo en General Rodríguez. Reconoció a su entregador disfrazado de militar en el momento de su secuestro. Era un ex compañero de militancia convertido en oficial montonero, tenía el cargo de teniente, luego de la ruptura de Lealtad con la Organización. Era uno de los pocos militantes de Moreno que afirma que no había pasado a Lealtad. Ídem.

⁶⁰ Ídem.

Mundial.⁶¹ La conexión de algunos de los miembros de este grupo (el ex integrante de la Federal y El Bebe) con Montoneros fue anterior a la de la AOT, aunque finalmente El Bebe terminó integrándose meses más tarde a la organización local que tenía como núcleo al sindicato. El grupo del COR utilizó la zona de Paso del Rey como lugar de reunión y para logística del grupo, experiencia que luego trasladó a Montoneros.⁶²

Según los testimonios, los componentes del COR, sobre todo los uniformados, (en una descripción que excede a los integrantes de Paso del Rey) carecían, acaso excepcionalmente, de una formación política consistente y eran difíciles de definir en el plano ideológico, más allá de identificarse como peronistas. Cumplían órdenes, acorde con su formación militar y no discutían mucho más que la forma de llevar adelante las operaciones, que consistían en la colocación de *caños*, inteligencia militar, aprietes a dirigentes considerados poco leales a Perón y, sobre todo, intentos fallidos de conspiraciones dentro del Ejército en la búsqueda del golpe que condujera finalmente al retorno del General. El último intento de levantamiento cívico-militar de cierta relevancia había sido comandado por el jefe del COR en 1960. Por los relatos y referencias bibliográficas, parecería imposible encontrar cuadros de izquierda entre sus componentes,⁶³ por lo que la integración de algunos de ellos en Montoneros es un acontecimiento difícil de comprender si se lo quiere entender desde concepciones ideológicas de vanguardia. Podrían ser considerados cuadros de derecha, si se hubieran formado políticamente para arribar a ese estadio. Según las descripciones de El Bebe algunos eran nazis, “más por deformación que por formación y discusión política”, y otros no opinaban. “Eso sí, todos eran peronistas”. Se puede entender que la lealtad y subordinación absoluta, aparte de la debida a los superiores, era a Perón.⁶⁴

⁶¹ La existencia de Nicolai fue confirmada por comerciantes de la zona de Paso del Rey, donde tenía una casa de artefactos eléctricos. Los vecinos sabían, por el mismo Nicolai, de su pasado en la Resistencia Francesa, pero nada supieron de su pasado como hombre de inteligencia o como parte del ejército de Vichy. Vicente, 2005, entrevista con el autor.

⁶² Entre otras actividades, almacenaban explosivos y disponían de casas seguras para integrantes del peronismo que estuvieran en la clandestinidad. Dieron *casa segura*, según sus testimonios, a John William Cooke (en 1965). Liliana, 1999, entrevista con el autor.

⁶³ El Bebe, 2000; Amorín, 2006; Horacio, 2000; Gustavo, 2000, entrevistas con el autor. Cf. también Baschetti, 1997; Amorín, 2005, entre otros.

⁶⁴ Según El Bebe, otro asiduo participante de las reuniones e integrante importante del COR era un suboficial del Ejército de apellido Esquer, que luego fue jefe de la custodia de Perón cuando este retornó al país. El Bebe, 1999, entrevista con el autor.

Que miembros del COR pasaran a Montoneros en forma individual, como elección personal, parece poco probable, aunque no imposible, dadas las características del grupo. Que se hubiesen integrado por órdenes de sus superiores es plausible por su forma de funcionamiento y así es relatado por uno de nuestros entrevistados. Afirma que, en una reunión, se le ordenó trabajar con otra gente, diferente a la de siempre, en la zona oeste. Esa gente eran jóvenes miembros de Montoneros.⁶⁵ Según él, la orden de integrarse a Montoneros, al principio solo para colaborar, estaba encuadrada en una determinación que excedía el propio ámbito de Iñiguez, jefe del COR. Obviamente, lo tomaban como una orden directa de Perón. Es destacable que se estableciera la relación luego de lo de Aramburu y La Calera, en fecha cercana al primer contacto oficial entre Montoneros y Perón, que fue por carta en febrero de 1971.⁶⁶ El secuestro y posterior asesinato de Aramburu fue, sin dudas, una carta de presentación de Montoneros, que debía ser entendida claramente por todos los peronistas, y entre ellos estaba Perón.

Sobre el secuestro de Aramburu y su significado, El Bebe afirma: “Cuando aparece Montoneros rompen esa semiunión con los militares que estaban [se refiere a militares que colaboraban con el COR]. Fue un cambio de táctica de Perón. Se cambió a los militares por los jóvenes. El corte definitivo fue la ejecución de Aramburu en 1970. A partir de ahí no hubo retorno”.⁶⁷ Tanto para la militancia obrera de la AOT de Moreno como para estos integrantes del COR, este hecho marcó el inicio de la empatía o de la estrategia necesaria para determinar su conducta hacia Montoneros. En el caso de los integrantes del COR, su proceder posterior de integrarse a Montoneros podría interpretarse como una desproporción de las órdenes recibidas, una extraña pero posible radicalización. Sin embargo, se puede inferir que la integración, posterior a la etapa de colaboración, fue también producto de una orden. Esto no suprime a su vez una combinatoria con la posible radicalización de sus acciones.

Los dos militantes (el ex policía y El Bebe) pertenecieron primero a la inteligencia del COR y luego a la colaboración de la logística de Montoneros, en la zona o Columna Oeste. No es posible precisar si

⁶⁵ El Bebe, 1999, entrevista con el autor.

⁶⁶ Perdía, 1997, pp. 130-136.

⁶⁷ Ídem.

al pasar a trabajar para inteligencia de Montoneros no siguieron haciéndolo simultáneamente para el COR, e indirectamente para Perón. Verbitsky afirma en uno de sus trabajos que el COR fue un grupo de “células de oficiales y células de suboficiales separadas y un elevado porcentaje de agentes por lo menos dobles”.⁶⁸ Aunque en el caso de los colaboradores locales ese doble accionar, de haber existido, no fuese en función de otros intereses que los de Perón.

En el relato de Verbitsky sobre la presencia del COR y el grado de responsabilidad que le adjudica en los sucesos de Ezeiza basado en confusas desgrabaciones de comunicaciones por radio, es posible asociarlo con el relato de un colaborador del COR sobre la participación del grupo de Iñiguez ese 20 de junio.⁶⁹ Horacio cuenta que concurren junto al ex policía a un local del COR en búsqueda de fusiles, antes de marchar hacia el acropuerto. Sin embargo, no lo asoció con ningún tipo de participación en el aparato montado por Osinde para la ocasión; sí con la orden de custodiar la vida de Perón que tenía el COR, como lo muestra la anterior designación de un integrante del COR, José Esquer, como jefe de la custodia de Perón. ¿Cómo actuaría el COR ante la hipotética creencia de que la vida de Perón corría peligro? ¿Y si ese peligro proviniera de Montoneros? Es cierto que Perón seguía en el avión pero, si la gente del COR recibió la información de que estaban tirando hacia el palco, resulta bastante lógico que también se sumara al tiroteo.

Amorín opina nuevamente en sentido absolutamente contrario al de Verbitsky. Al referirse a lo sucedido en Ezeiza, sostiene que, si la conducción de Montoneros le hubiera requerido su colaboración a Iñiguez, jefe del COR, en el momento de los incidentes, la habrían conseguido inmediatamente.⁷⁰ En el mismo rumbo que Amorín, contrario a la posible asociación del COR con el aparato represivo, aunque refiriéndose a episodios posteriores, opina elípticamente Roberto Perdía. Lo hace al referirse a los cambios en la Policía Federal tras la renuncia de Iñiguez, ya que con su baja, a su entender, habría puesto a esa fuerza “al servicio de los planes de López Rega”.⁷¹ Cuesta comprender, si estuvieron o al menos colaboraron, como afirma Verbitsky, dentro del esquema supuestamente planeado por Osinde para copar el

palco y matar militantes de las organizaciones de izquierda,⁷² por qué tres de los miembros del COR de Paso del Rey fueron secuestrados durante la dictadura, en 1977, y uno de ellos permanece desaparecido. Evidentemente, tanto las interpretaciones como el accionar de los integrantes del COR no reflejan una realidad única.

En cuanto al ex policía y El Bebe, si su actuación fue de agentes dobles no parece haber jugado esta a su favor a la hora de arribar la dictadura instalada desde 1976 en el poder. Según El Bebe, su inserción en Montoneros, además, se justificaba ideológicamente por una supuesta frase que endilgaba a Perón: “el enemigo de mi enemigo, es mi amigo”.⁷³ Horacio, hijo del Delegado Municipal, confirma esta idea cuando cuenta algunas de las formas de la colaboración del COR con Montoneros y los motivos de ella:

Que te quede claro una cosa... como concepto, al menos en lo que a mí me tocó vivir familiarmente, nosotros queríamos a Perón... lo trajeras vos, lo trajera él o lo trajera yo, queríamos a Perón... no me equivoco un cachito así y no miento un cachito así: si vos tenías posibilidades de traerlo y lo demostrabas, nosotros colaborábamos con vos; si él tenía posibilidades de traerlo y lo demostraba, colaborábamos con él... confiando en la gente, confiando en vos, confiando en él porque si no, vuelvo a decirte, no estaríamos en esta mesa.⁷⁴

No solo el hecho del secuestro y asesinato de Aramburu parece haber influido en la integración de estos integrantes del COR. La consigna “luche y vuelve” puede observarse directamente relacionada a las palabras de este testimonio. Evidentemente, Montoneros abría, como consecuencia de sus actos y a partir de la empatía generada con amplios sectores peronistas, una puerta para el retorno de Perón.

Dentro de las órdenes recibidas, El Bebe contactó al primer montonero en llegar orgánicamente a Moreno, que era La Renga, la esposa de

⁶⁸ Verbitsky, 1986, pp. 48-52.

⁶⁹ Horacio, 2000, entrevista con el autor.

⁷⁰ Amorín, 2005, p. 296.

⁷¹ Perdía, 1997, p. 219.

⁷² Verbitsky, 1986, pp. 90-94.

⁷³ Es probable que se refiriera a una parte de la exposición de Perón frente a Fernando Solanas y Octavio Getino. Perón decía: “...quién no lucha contra el enemigo ni por la causa del pueblo es un traidor, quien lucha contra el enemigo es un compañero, y quien lucha contra un compañero es un enemigo o un traidor”. Perón, 1971, p. 16.

⁷⁴ Horacio, 2000, entrevista con el autor.

Carlos Hobert. Antes que ella, habría estado José Sabino Navarro, a quien se le había conseguido casa segura para su familia en la zona. La mujer de El Bebe confirmó la presencia de Navarro en una ocasión en su propia casa, aunque se enteró de quien era en realidad luego de su muerte.

La Renga, que había sufrido poliomielitis en su niñez, pertenecía al mismo grupo protomontonero que José Sabino Navarro. Gustavo suponía que el problema motriz de La Renga era producto de algún disparo en la toma de La Calera, unos meses antes. Fue albergada por El Bebe, que la acompañó por el conurbano en "recorridas interminables", en lo que fue, aparentemente, un estudio del terreno, que incluyó el contacto con otros miembros del COR que colaboraron con la *Orga* para comenzar a desarrollar en la zona oeste la logística, primero y luego la política de la organización de captación o integración de la masa peronista.⁷⁵

La Renga formó una célula con El Bebe y el ex policía, que casi inmediatamente pasó a colaborar fuera de Moreno. Poco tiempo después se integró Gustavo, un joven empleado de comercio, que fue, dentro de la militancia local, el único que leyó el libro de Frantz Fanon, *Los condenados de la tierra*, por recomendación de La Renga. Gustavo era hijo de un comerciante de Paso del Rey. Aparte de los integrantes del COR, fue el único militante local de clase media, en los inicios de la integración a Montoneros. A pesar de componer esa primera célula, no sabía, o al menos no lo hizo saber, de la existencia del COR en Paso del Rey, del que su padre había sido colaborador, al igual que lo fue años más tarde de la JP, ofreciéndose como garante para alquilar un local de la organización de juventud en Morón.⁷⁶

Luego de la presentación de Montoneros en Moreno, El Bebe recibió una nueva orden. Esta vez ya era una orden de la *Orga*. Consistió en coordinar, junto a los militantes montoneros, un nuevo hecho local, esta vez con la gente de la AOT-JPC. Así, el primer militante de la JPC que lo contactó, en una cita a ciegas, fue El Negro Julio. El Bebe se blanqueó ante el grupo luego de producirse el hecho, en el que incendiaron una formación de trenes en la estación de Moreno, en febrero de 1972.

Estas notables diferencias de origen generacional, político, de formación y objetivos entre la militancia juvenil revolucionaria y los actores de este grupo invocan un entramado poco explorado por la bibliografía que aborda el eje de las organizaciones político-militares peronistas, al encontrar en esta historia su participación en la *Orga*.

Conclusiones

Así quedan presentados los cuatro grupos de los que abrevó la *Orga* para constituirse en Moreno. Hubo más integrantes de la Organización que no militaron localmente y que por ello han quedado excluidos de esta presentación. Las diferencias de los integrantes de tres de estos grupos: la AOT, la militancia barrial expresada en la JPC y el COR y el perfil del militante más reconocido de Montoneros, dan una mayor amplitud a la militancia original comúnmente mencionada.

El núcleo central que conformó a Montoneros de Moreno, el de la Asociación Obrera Textil con su adjunta Juventud Peronista de Combate, estaba integrado por un grupo mayoritario de obreros que fueron acompañados por otros jóvenes, militantes barriales sin experiencia gremial o política previa, pero con una sólida tradición familiar peronista. Unos y otros se amparaban en un fuerte liderazgo encarnado en la figura de El Gordo, quien sí sustentaba, para su relativa corta edad, una importante trayectoria gremial y pertenencia política peronista. Casi todos ellos, militantes de los frentes de masas o de los estamentos iniciales de la orgánica montonera, reflejan a un sector que participó activamente de su historia.

Es posible establecer fuertes coincidencias con el trabajo sobre Montoneros de Lucas Lanusse. En él se destacan las similitudes con las descripciones sobre la militancia montonera de los jóvenes revolucionarios de clase media llegados a militar desde fuera del distrito y que son la otra parte importante de la historia. A su origen social, diferente del de los grupos de Moreno, debemos sumar su mayoritaria pertenencia a diferentes estamentos oficiales de la Iglesia Católica. No provenían de alguna capilla circunscripta a la opinión o sermones de algún párroco aislado. Una corriente entera, como se desprende del trabajo de Lanusse, los contenía. El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, con peso institucional y arraigado en muchos lugares de la Iglesia Católica argentina, dio un importante empuje a las síntesis ideológicas de los jóvenes montoneros. Sin embargo, se deben agregar nuevos eslabones a la cadena de hechos y nombres que van desde los grupos originales hasta la inserción de masas y el consecuente crecimiento de Montoneros. El conglomerado conocido como *la albóndiga* es uno de ellos. Los grupos de Moreno son otros.

El acercamiento de los militantes montoneros hacia el núcleo sindical cuando la Organización aún estaba dando sus primeros y complicados pasos, luego del secuestro y asesinato de Aramburu y

⁷⁵ El Bebe, 1999, entrevista con el autor.

⁷⁶ Gustavo, 1999, entrevista con el autor.

la toma de La Calera, provenientes de *la albóndiga*, ayuda a entender algunos de los mecanismos de integración y captación que permitieron a esa organización político-militar, a diferencia de otras, acceder a la masa peronista. La figura del líder exiliado, en nombre de quien los cuadros montoneros decían actuar y a quienes Perón incorporó como sus formaciones especiales, también tuvo su notable influencia. No obstante, antes de que Perón los reivindicara absolutamente, como puede observarse en este estudio de caso, los montoneros ya habían abierto las puertas de su movimiento. En este punto, sobresale en los relatos la existencia de un importante sentimiento de humillación previa en esos sectores del peronismo, que implicaba una necesidad de reivindicación que se vio satisfecha, en parte, y que generó una importante corriente de simpatía, cuando Montoneros secuestró y asesinó al general Aramburu, para luego lanzar el "luche y vuelve" en un juego político que Perón convalidaba. No todos los montoneros fueron jóvenes de clase media o estudiantes universitarios ligados a la Iglesia Católica, en sus diferentes estructuras de militancia social y religiosa. No todos eran militantes formados en lecturas de izquierda que abrazaban el peronismo como identidad política con el socialismo como objetivo. No todos privilegiaban lo militar a lo político, ni viceversa. No todos tenían el mismo compromiso y ética revolucionaria. No todos veían a Perón en la misma dimensión política, ni querían verlo a la misma distancia. Los unía, en muchos casos, en el momento de la integración, por un lado, una espera de reivindicación que subsanara, en parte, quince años de humillaciones; por el otro, la necesidad de redimir a la sociedad de sus injusticias, con un objetivo que trascendía al peronismo histórico.

La diferencia en el origen de la militancia local provocó, en el momento de la integración, el mutuo deslumbramiento de los actores históricos. Militantes peronistas ligados a algún acto o grupo de la Resistencia, con experiencia gremial algunos, como El Gordo, y otros con experiencia en intentos fallidos de revoluciones cívico militares, el caso de los del COR, además de jóvenes obreros textiles sin experiencia de militancia gremial o política previa y muchachos del barrio, se entrelazaron con miembros de otra clase social y de otras experiencias de vida ávidos de desarrollar su militancia revolucionaria, en el caso de los ya encuadrados, o de desarrollarla a través de su fe católica, para quedar, en algunos casos en esa forma de expresión militante en la que podían conjugarse Jesús y el Che Guevara o para finalmente encuadrarse también en la *Orga*.

Capítulo 3 Montoneros de Moreno

La guerra popular, total, nacional y prolongada es el camino que nos permitirá lograr el retorno del General Perón y el pueblo al poder, para construir el socialismo nacional que las tres banderas del peronismo expresan.

Unidad Básica Revolucionaria Evita Montonera, Moreno

Montoneros de Moreno nació de cuatro grupos: los jóvenes revolucionarios, casi todos estudiantes de clase media ligados en su mayoría, de alguna manera, a la militancia católica; los obreros con militancia gremial en la seccional local de la AOT, incluido el núcleo familiar de El Gordo y La Flaca; la militancia barrial asimilada como JPC, que giraba también alrededor del núcleo (en adelante AOT-JPC) y algunos miembros del COR. Se ha denominado a estos sectores Montoneros *de* Moreno y no *en* Moreno para establecer que, además de las expresiones locales de la *Orga*, existieron militantes montoneros que vivían en Moreno, pero que ejercitaron su accionar fuera del ámbito local. Esta combinación de grupos y la pertenencia política, social e histórica de algunos de ellos es la que deja ver parte de los elementos diferenciales entre esta historia y los trabajos publicados sobre el tema. Por un lado, porque la integración de los primeros militantes se realizó a principios de 1971, cuando Montoneros era casi una entelequia, producto de los golpes sufridos entre sus integrantes tras la toma de La Calera, la muerte de Emilio Maza y las detenciones de varios militantes y las muertes en William Morris de Fernando Abal Medina y Carlos Ramus. Por otro lado, porque los primeros en contactarse, La Renga por el lado de Montoneros y El Bebe, el ex policía y Gustavo —los dos primeros del COR— como militantes locales, muestran un costado extraño a lo conocido hasta ahora. La posterior integración del núcleo más numeroso de la AOT-JPC, a mediados de 1971, completan el marco. Pero no solo las características de los actores históricos incorporados a la *Orga* tienen relevancia a la hora de tratar de entender esta historia. Son los mecanismos de observación, acercamiento y posterior encuadramiento a Montoneros de estos grupos lo que completa el cuadro a nuestro alcance en el intento de desentrañar y comprender la historia de la *Orga*.